

LOS REBELDES DE LA GALAXIA

Roy Silverton

R. CORTIELLA

ROY SILVERTON

Los rebeldes de la Galaxia

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Portada: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 45.557-1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo Primero

— Observa bien, Norman. ¿Puedes distinguir las crestas montañosas que rodean ese extenso valle?

Norman Trent pilotaba el modernísimo helicóptero, impulsado por energía nuclear, inmune a las más bajas temperaturas y provisto de un sistema especial de esquís para posarse sobre la nieve o el hielo.

— Desde luego, veo las crestas —contestó, mientras echaba una mirada al exterior, a través de los cristales de la cabina—. En cuanto al valle, yo diría que sólo existe en tu imaginación, Phil. En todo caso, si realmente hay un valle en este lugar, se halla cubierto de hielo hasta los mismísimos bordes, lo cual no impide precisar qué puede haber debajo. Tal vez otras crestas, de este sistema montañoso, que por ser más bajas no han llegado a emerger.

Phil Macdonald movió la cabeza negativamente.

— La disposición de esos picos que sobresalen, cubiertos parcialmente de nieve helada, hace sospechar que son las cimas de unas laderas escarpadas y que, por tanto, su fondo ha de formar un valle.

Norman Trent se encogió de hombros.

— Puedes tener razón, muchacho —dijo—. Realmente, yo no entiendo demasiado de estas cosas. A mí, háblame de caza. Te diré cómo se puede capturar en buenas condiciones un oso polar, para trasladarlo después a cualquier parque zoológico del mundo, para recreo de sus visitantes. Es mi profesión.

— Pues tal vez en esta expedición puedas capturar animales… que no serán precisamente osos polares a pesar de que nos hallamos

sobrevolando la cosa norte de Groenlandia —replicó Phil—. ¡Animales, cuya visión causará indescriptible asombro a quienes vayan a contemplarlos!

Ambos jóvenes —ninguno de los dos llegaba a los treinta años— eran amigos desde la infancia y habían aprendido juntos las primeras letras en la escuela de una pequeña población de Georgia, en Estados Unidos. Posteriormente, Norman Trent se había sentido atraído por la vida aventurera y había recorrido el mundo entero cazando animales vivos, por encargo de los parques zoológicos de diversos países.

Phil Macdonald, en cambio, se había entregado al estudio de las Ciencias Naturales, en las que se había doctorado recientemente.

La amistad entre ellos no se había roto, sin embargo, y ahora participaban juntos en aquella expedición especial.

Norman sonrió ante la mención de su amigo de «animales que habían de causar asombro indescriptible». No estaba demasiado convencido del éxito en este aspecto, lo cual no había sido motivo para que dejara de participar en la aventura, porque le gustaba ésta en sí, prescindiendo de los hipotéticos resultados.

— ¿Crees que realmente nos veremos enfrentados con algún gigantesco tiranosaurio? —preguntó, en tono levemente burlón—. Si es así, temo que va a ser un poco difícil apresarlo.

— No te puedo decir qué encontraremos —contestó Phil—. Esto no se sabrá hasta que se vea, como es natural. Quizá no encontremos nada aquí, pero podremos probar en otro valle.

— Hasta que agotemos el cargamento deshibernante, ¿no es cierto? Son cinco bombas. Podremos derretir la nieve de cinco valles. Y si no encontramos más que rocas en el fondo…

—… habremos fracasado —concluyó Phil Macdonald—. Pero las posibilidades de éxito son muchas, amigo mío.

— ¿Admites que alguna vez pudo existir vida de algún tipo entre estas masas de hielo?

Ahora fue Phil Macdonald el que sonrió.

— Aparte de los osos polares, podría darte una larga lista de especies que pueblan estas regiones en la actualidad. Como en los desiertos, en las zonas árticas la ausencia de vida es sólo aparente.

— Bien, eso lo sé —dijo Norman—. Pero para capturar a esos animales no es necesario fundir los hielos. En cuanto a los otros…

me permito mantener mis dudas, querido Phil. ¿Qué puede haber quedado ahí debajo?

— En Siberia han sido encontramos mamuts enteros y elefantes lanudos, en perfecto estado de conservación.

— Pero muertos —replicó Norman—. En todo caso, si aquí encontramos alguno, toda la diferencia consistirá en que, en lugar de enviarlo a un zoo, lo mandaremos a un museo. A mí eso no me importa.

— No sabemos en qué circunstancias murieron los animales de Siberia —dijo Phil—. El proceso de hibernación pudo dejarles sin vida desde el primer momento, y en tal caso los hielos se han limitado a impedir la descomposición de sus cuerpos. Pero cabe también otra posibilidad.

— ¿Cuál?

— Que el fallo hubiera estado precisamente en la deshibernación. En este caso, los animales habrían permanecido con vida, con una vida absolutamente paralizada, pero no extinguida, durante varios milenios, bajo la nieve. Y también muerto precisamente en el momento de ser «desenterrados».

— Soy profano en la materia, y por ello no puedo contradecirte —manifestó el cazador, encogiéndose nuevamente de hombros. Miró hacia la extensa zona nevada, debajo del helicóptero, y preguntó—: ¿Qué hago? ¿Tomo tierra sobre la superficie?

— No hace falta. Sigue sobrevolando el valle, mientras yo calculo su extensión. Me parece muy adecuado para efectuar la primera prueba.

— ¿No provocarás un cataclismo?

— En absoluto. Estas «bombas deshibernantes» han sido ya experimentadas por el Instituto de Ciencias Naturales de Boston. En escala muy reducida, naturalmente, y sólo para comprobar que no producen efectos dañinos.

— Pero para fundir tanto hielo han de originar mucho calor…

—Sólo el indispensable, que es inferior a la temperatura normal del cuerpo humano o de cualquier animal de sangre caliente. Los rayos caloríficos que emite la bomba son de una intensidad fija, con efectividad hasta diez o doce kilómetros de radio. Por tanto, al «estallar» la bomba, se convierte en agua automáticamente todo el hielo que queda dentro de su zona de acción. En nuestro caso,

servirá para «limpiar» de nieve y hielo el valle que estamos sobrevolando, que ahora es un inmenso y profundo glaciar.

— Sólo veo dos inconvenientes —objetó Norman Trent.

— Exponlos, muchacho —le invitó su amigo.

— Primero: ¿qué va a ser de toda esa agua?

— Correrá hacia el exterior del valle —contestó Phil, sonriendo—. Tiene una salida en pendiente, si consideramos la diferencia de nivel con el terreno exterior. Por eso lo he elegido para el primer experimento. Pero el agua no irá muy lejos. Cuando quede fuera del alcance de la acción de los rayos caloríficos de la bomba, se helará de nuevo. No olvides que la temperatura fuera de nuestro bien caldeado helicóptero es inferior a los quince grados bajo cero… pese a que estamos en pleno verano.

— Lo sé —gruñó el cazador.

— Esto nos dejará, por tanto, un enorme espacio libre, aunque rodeado por hielos, que será el fondo del valle. Entonces, podremos investigar con toda tranquilidad.

— Y aquí entra mi segunda objeción —precisó Norman—. ¿Cómo diablos esperas que se hubieran podido introducir seres vivos en el fondo del valle, debajo de este enorme amontonamiento de nieve y hielo?

— Penetraron… «Cuando aquí no había nieve ni hielo de ninguna clase. Cuando este valle, como el resto del territorio del norte de Groenlandia, estaba soleado y cubierto de frondosa vegetación».

Norman Trent mostró una irónica sonrisa, mientras seguía manejando los mandos y el helicóptero daba vueltas por encima del enorme ventisquero.

— Ya me dirás cuándo fue eso, ¿no? —replicó a su amigo.

— Desde luego. Tú sabes que el eje de la Tierra ha cambiado de posición a lo largo de milenios. Los polos se han desplazado. Ha habido épocas en que en ellos hacía calor. Luego, de pronto, al producirse el cambio de posición, todavía no se ha podido averiguar exactamente por qué causas, esto ha producido situaciones como la actual.

— ¿Te refieres a las glaciaciones?

— En efecto. Se conocen cinco, en épocas relativamente recientes, por comparación, claro está, con la existencia de la Tierra

desde los principios de su formación.

— No estoy muy ducho en esto, pero sé que esas glaciaciones afectaron a gran parte de Europa y de la América septentrional.

— Veo que sabes algo más que capturar animales vivos, muchacho —sonrió Phil Macdonald—. De todo esto puedes deducir que «antes» de la glaciación, la vida, tanto vegetal como animal, pudo ser muy abundante en estas regiones.

— ¿Y se interrumpió de pronto?

— No lo sabemos. La glaciación pudo ser brusca en las zonas más cercanas al polo, y más lenta en los sectores distantes, relativamente próximos al ecuador. De hecho, es lo que yo vengo a comprobar aquí, por encargo del Instituto, al que he de rendir luego un informe.

— Mi idea es que los animales escaparon a tiempo, cuando empezaron a notar el frío intenso. Te aseguro que en este terreno sé lo que digo. Les conozco bien y me consta que su instinto es algo formidable.

— Olvidas un detalle, Norman.

— ¿Puedes exponerlo? —preguntó el cazador, dubitativo.

— Ahora mismo. Groenlandia es una isla. Enorme, pero una isla en definitiva. Si los animales buscaron salida hacia terrenos más cálidos, se encontraron con el mar, que aún no se había helado, y que les cortaba el paso. Posiblemente, vagaron por la isla, de un lado a otro, pereciendo muchos, hasta que la glaciación definitiva acabó con los que, en última instancia, no consiguieron cruzar el mar, helado ya entonces, hacia territorio americano. Hemos de aceptar, naturalmente, que algunas especies se adaptaron al frío, como las hay adaptadas ahora. Pero otras muchas tuvieron que sucumbir.

—Tal como presentas la cosa, vamos a encontrarnos con un auténtico cementerio de animales prehistóricos.

Phil Macdonald sonrió esta vez.

— Debido a la clase de deshibernación producida por nuestra bomba, es muy posible que nos encontremos también con alguno que todavía esté vivo. Todo depende de cómo y con qué rapidez fue sorprendido al quedar «enterrado» bajo la nieve.

— ¿Y qué clase de animales, muertos o vivos, crees que podemos encontrar? —preguntó Norman.

Evidentemente, era el aspecto de la discusión que más le interesaba, como cazador.

El joven doctor en Ciencias Naturales frunció ligeramente el ceño.

— Nada de grandes saurios, amigo; no te hagas ilusiones —dijo —. Éstos vivieron en el periodo carbonífero, hace la bagatela de doscientos millones de años. Y la última glaciación, la que pudo afectar a los que habitaban en esta parte del planeta, no se remonta a más de cien mil años. Podemos encontrar mastodontes, «hipariones», o sea, antepasados inmediatos del caballo, y hasta, quizás, osos de las cavernas.

— ¡Hum! —hizo el cazador—. Me haría tan poca gracia encontrarme con uno de esos osos, vivo, se entiende, como con un gigantesco saurio del carbonífero.

Hizo una breve pausa y, de pronto, exclamó:

— ¡Phil! El oso de las cavernas fue contemporáneo de los primeros hombres, ¿no es cierto?

— Por completo, amigo mío. Lo mismo que el mastodonte y el «hiparión». Por eso te los he citado. Recuerda que la última glaciación tuvo lugar hace «sólo» cien mil años. Y los arqueólogos han encontrado restos de las primeras «culturas» de la Edad de Piedra mucho más posteriores.

— Entonces… si el experimento diese resultado… podríamos encontrar…

— Sí, Norman —manifestó el doctor, completando el pensamiento de su amigo—. «Podríamos encontrar seres humanos, o humanoides, de aquellos remotos tiempos». No hemos de descartar tal posibilidad. De hecho, esto constituye también uno de los objetivos de mi misión.

Norman Trent abrió unos ojos como platos.

— ¡Phil! —Exclamó de nuevo—. « ¿Y si encontrásemos alguno de ellos… vivo?»

Ahora, Phil Macdonald sonrió casi triunfalmente.

—Para los interesados, habrá sido una gran fortuna que hayamos inventado nuestra «bomba» de deshibernación; eso es todo — dijo. Pero en seguida, más serio, añadió—: Sin embargo, no te preocupes, Norman. Ni siquiera yo, con mi entusiasmo por los posibles hallazgos, he pensado que tal cosa pudiera ocurrir.

* * *

La «bomba» era un artefacto pequeño, accionado por energía atómica, lo mismo que el motor del helicóptero. Pero la desintegración se producía de forma controlada, no para dar paso a una tremenda explosión nuclear, sino suministrando tan sólo la energía necesaria para los fines científicos que se habían previsto.

— Remóntate un poco más y busca el centro del valle —indicó Phil a su amigo—. Ha llegado el momento de actuar.

— De acuerdo. Y cualquiera que sea el resultado, tengo ganas de ver en que queda esto —contestó el cazador, manejando los mandos del aparato.

El helicóptero siguió fielmente la ruta marcada por las expertas manos de Norman Trent, quien, en diversas partes del mundo, había perseguido a sus presas hasta vencerlas por agotamiento, tripulando un aparato semejante.

— ¿Te parece bien aquí, Phil?

El joven doctor miró hacia abajo.

— Sí, es buen lugar —manifestó—. Y no hace falta esperar más. Veremos ahora lo que pasa. No te pierdas, Norman.

— Sería como ir a ver una película y marcharse de la sala cuando se proyectan las escenas culminantes. No temas, que estoy atento.

— Pues… ¡ahora!

Desde donde estaba sentado, Phil Macdonald oprimió una palanca, como los bombarderos de los aviones cuando están sobre el objetivo que han de destruir.

El pequeño y solitario artefacto surcó el espacio, en dirección a la extensa mancha blanca que prácticamente lo cubría todo, debajo del helicóptero.

No se produjo explosión. La «bomba» chocó contra la capa de hielo y, al momento, empezó a funcionar.

— ¡Mira! —exclamó Phil.

— ¡Parece increíble, muchacho! —dijo a su vez el cazador.

Los efectos estaban siendo fulminantes. La energía liberada por la «bomba» estaba convirtiendo toda aquella inmensa masa de hielo en un verdadero mar, que empezaba ya a desbordarse por el

extremo en pendiente del valle, abierto hacia los hielos del nivel más bajo.

— ¡Esto es un océano en plena tormenta! ¡Un espectáculo formidable, muy superior al pequeño experimento que hicimos de prueba en las zonas nevadas de las Montañas Rocosas! —manifestó Phil.

— ¿Imaginas lo que ocurriría si, de pronto, se derritiesen todos los hielos de los polos, Phil?

— No hay peligro, por lo menos con un artefacto como nuestra «bomba». Su alcance es muy limitado.

— Pero si esta agua encontrase una población a su paso…

— Estamos en la costa norte de Groenlandia, entre las tierras de Hall y de Peary, Norman. Todo lo que puede encontrar el agua es hielo y más hielo. Y no olvides que no va a recorrer más de diez kilómetros. Entonces, el mismo frío la volverá a helar.

— Bien, ¿y qué hacemos ahora, Phil?

— El valle se está acabando de vaciar. Su posición en pendiente ayuda mucho a ello. Quedará un fondo de barro, sobre el que podrás posarte. No te preocupes por la proximidad de la «bomba». No es peligrosa y, además, su funcionamiento está calculado sólo para unos pocos minutos.

— Conforme —dijo Norman—. Cambiaré los esquís por ruedas. Será un aterrizaje normal.

Efectuó la maniobra, y el helicóptero empezó a descender verticalmente hacia el suelo.

Apenas quedaba ya agua. El valle se había convertido, en pocos minutos, en una mancha parda, negruzca, en medio de la inmensidad blanca que le rodeaba por todas partes, y que no permitía distinguir lo que era mar helado de la tierra firme, helada también.

— ¿Ves cómo lo calculé bien, Norman? —Dijo Phil—. Las paredes de las montañas son de rocas escarpadas, y el valle queda en su centro, como una enorme cazuela.

El cazador, al mismo tiempo que pilotaba, estaba contemplando atentamente el nuevo paisaje que se ofrecía a sus ojos.

— Ahora veo que tuviste razón, Phil —dijo, de pronto—. Antes, no sé cuándo ni en qué época, hubo una densa vegetación en este valle. Quedan, como muestra, los troncos de los árboles y los

gruesos tallos de los arbustos.

— Si pudiésemos descubrir por lo menos el cadáver de algún animal prehistórico… —murmuró Phil.

— Yo creo que si había alguno, la riada se lo habrá llevado. Pero te aseguro que ahora, después de ver las huellas de vegetación, creo también en la posibilidad de existencia de animales.

Norman miró con fijeza a su amigo, y añadió:

— Aunque… dudo que vivos. En todo caso, el agua los hubiera ahogado recién deshibernados.

Notaron el suave choque del helicóptero al posarse sus ruedas en el barro del fondo del valle. Norman detuvo el motor.

— Pronto sabremos a qué atenernos —dijo Phil—. Vamos a salir al exterior.

— Estoy de acuerdo. Y aunque no esté convencido de que vayamos a encontrar alguna pieza viva, me llevaré el rifle de caza, como simple precaución.

— Y yo el mío, aunque no sea cazador profesional. Pero en estas circunstancias, no se sabe si algo puede atacarnos.

— Bien, vamos a equiparnos. Quedamos en que la temperatura exterior está por los quince grados bajo cero.

— Y no olvidemos las botas para el barro —añadió Phil.

Se cambiaron en pocos minutos, durante los cuales no dejaron de observar el exterior, por si se producía algún cambio.

Pero todo seguía igual cuando, al fin, abandonaron el aparato y las gruesas botas hollaron el suelo del valle, que ningún ser vivo, hombre o animal, había podido pisar por lo menos en el curso de los últimos cien mil años.

— Cuando pienso en ello, siento una intensa emoción —dijo Phil.

Norman alzó ligeramente el rifle que empuñaba con sus manos enguantadas.

— Yo, la emoción la sentiría si, de pronto, viese aparecer por uno de esos peñascos un enorme oso de las cavernas —dijo. Y añadió en tono dubitativo—: ¿Lo crees posible, Phil? Quiero decir, vivo.

— No sé qué contestarte, de momento. La riada ha desaparecido con mucha rapidez. Si algún animal quedó hibernado entre las rocas, o refugiados en algún hueco de las mismas, ni ha sido

arrastrado ni ha habido tiempo de que se pudiera ahogar. De ser así, viviría.

— ¡Hum! Cien mil años, no dejan de ser muchos años, Phil.

— Su número carece de importancia, muchacho —afirmó el joven doctor—. Todo depende de cómo se produjo la cosa. El frío intenso, cada vez mayor, empezó aturdiendo al animal, hasta inmovilizarlo. Si entonces lo cubrió el hielo y paralizó su sistema circulatorio, el animal pudo quedar por tiempo indefinido en estado de muerte aparente.

— Una especie de sueño invernal de los osos… prolongado durante siglos, ¿no es eso?

Phil Macdonald sonrió.

— Sí, explicado menos científicamente —dijo—. Aparte de esto, puede haber circunstancias favorables y desfavorables. Y hasta, en igualdad de circunstancias, es posible que unos animales mueran y otros sólo queden hibernados.

— Hum… —hizo Norman—. Admite que todo eso es muy vago.

— No se ha podido determinar aún con exactitud, muchacho. La ciencia es lenta en sus progresos. También interviene en ella el proceso de deshibernación.

Curiosamente, el animal que ha estado durante siglos, o milenios, con las funciones vitales sólo suspendidas a causa de la congelación, puede perderlas definitivamente, o sea, que puede morir, precisamente en el momento de descongelarse.

— Una auténtica pena, después de haber estado tanto tiempo «esperando» volver a vivir —declaró el cazador, en tono ligeramente burlón.

— Tal pueda ser eso el caso de los mamuts siberianos. Pudieron estar vivos, aunque hibernados, hasta momentos antes de ser sacados del hielo. Pero en nuestro caso, será diferente. La «bomba» está estudiada para que el proceso de deshibernación se produzca de forma adecuada.

— No deja de ser una ventaja, por si esa congelación súbita, favorable, sorprendió a alguno en este valle.

— De ser así —prosiguió el joven científico—, el animal se encontraría como en el momento de quedar congelado. Si corría, por ejemplo, y le cayó encima una masa de nieve, sin aplastarlo, ahora continuaría la carrera, sin haberse enterado en absoluto del

tiempo transcurrido, que para él no habría existido.

— ¡Pero eso es fantástico, Phil! —exclamó Norman, a quien volvía a dominar la incredulidad.

— Esperemos. Te aseguro que a mí no me sorprendería que nos encontrásemos con una prueba práctica.

«Y fue en aquel momento, precisamente, cuando oyeron un formidable rugido».

Un rugido aterrador, poderoso, escalofriante, que fue devuelto por los ecos de las paredes rocosas de las montañas que rodeaban el valle.

Fue tan súbito, tan inesperado, que, a pesar del tema de la conversación, los dos amigos notaron un estremecimiento a lo largo de su columna vertebral.

—¿Has… has oído, Norman?— pudo por fin preguntar el joven doctor.

— Se necesitaría estar sordo como una tapia para no captar eso —contestó el cazador, que se estaba recuperando más rápidamente.

— ¿Qué puede haber sido?

— ¡Diablos! ¿Crees o no en tus teorías? Hablábamos de hibernación… de la posibilidad de encontrar a un oso de las cavernas algo así como resucitado…

El rugido se dejó oír de nuevo, tan estridente como la vez anterior.

— ¡Esta vez ha sido más cerca, Norman!

— ¿Estás seguro? Yo no he notado la diferencia.

— Si es un oso, de las cavernas o no, que no se ponga a tiro. He hecho frente más de una vez a sus congéneres de la época actual, y no me va a importar la diferencia de tamaño.

— ¡No es un oso, Norman! —Gritó entonces Phil Macdonald, mientras señalaba a distancia, en dirección a la ladera—. ¡Mira! ¡Ahora… ahora deberás creerme! ¡Ahora tendrás que admitir que mis teorías son ciertas!

— ¿Eh? ¡Pero ese animal es…!

— «¡Un tigre de dientes de sable, Norman! ¡El tigre gigante contra el que luchó, hace más de cien mil años, el hombre de Neanderthal!»

Capítulo II

Norman Trent estaba habituado a las situaciones más sorprendentes y más peligrosas, en el curso de sus aventuras de caza. Pero aun así, se quedó completamente aturdido, desconcertado, a la vista del feroz animal.

— No sé… si debo felicitarte porque tu teoría sea cierta, Phil —murmuró.

— Bueno… si sobrevivimos a esto… será algo formidable.

— Tienes razón: si sobrevivimos. Claro que me he visto en momentos tan difíciles como éste, o quizá más —dijo Norman, que estaba recuperando ya su sangre fría—. ¿Sabes lo que es verse corneado por un rinoceronte lanzado a plena carrera? No importa de qué época sea el bicho.

— Pero a ti no llegó a cornearte, supongo.

— Aciertas, muchacho. De lo contrario, no estaría aquí, a tu lado, corriendo el peligro de ser despedazados por un tigre que nació hace la friolera de mil siglos, en cifras redondas.

La fiera rugió una vez más. Se había puesto de pie sobre una de las rocas y, enfurecida, mostraba sus enormes colmillos a algo que, más abajo, estaba fuera de la vista de los dos amigos.

Esta vez, además del eco que devolvió el rugido, se oyeron otros gritos, indefinibles, pero mucho menos poderosos, lanzados sin duda por los animales que se veían amenazados por el formidable tigre.

Norman Trent estaba ahora casi completamente tranquilo.

— ¿Qué animales serán esos otros, Phil? —preguntó, siempre con el rifle de caza mayor preparado.

— No tengo idea —contestó su amigo—. Es muy difícil de identificar, y menos sin ver nada. Puede tratarse de alguna especie que se considera extinguida, sin descendientes actuales.

— Esto es como una de esas novelas en las que los protagonistas se encuentran de pronto en un mundo perdido, desaparecido hace miles y miles de años —murmuró Norman.

La situación pareció haberse estabilizado de momento. El enorme tigre seguía sobre la roca, dejando ahora escapar una especie de ronquido, sordo y prolongado, pero al mismo tiempo encogiéndose poco a poco, muy despacio, como preparándose para dar un gran salto.

— Va a lanzarse sobre su presa —dijo Norman, como más entendido en la materia—. Si la atrapa, quizá podremos ver de qué animal se trata.

— Yo diría que hay más de uno. Los aullidos han parecido ser de varios. Quizás es esto lo que mantiene indeciso al tigre.

— No tardaremos en saberlo. Mira. Habrá saltado antes de que pasen un par de segundos. Su proceder no se aparta del de los felinos actuales.

El ronquido de la fiera se hacía más potente, precursor del nuevo rugido que lanzaría en el momento de saltar.

Pero entonces ocurrió algo. De la pendiente montañosa, por encima del tigre y casi perpendicularmente sobre el mismo, se desprendió inesperadamente un enorme pedrusco.

— ¿Eh? ¡Observa, Norman!

— ¡Vamos de sorpresa en sorpresa! ¡Si le da de pleno, lo va a aplastar!

El ruido de la piedra, al caer y chocar contra los salientes de la ladera, pareció un pequeño trueno, a la vez que arrancaba una menuda lluvia de fragmentos.

La fiera lo advirtió, abandonó la vigilancia de su presa y saltó rápidamente a un lado, casi al mismo tiempo en que la roca, al rebotar contra los salientes, chocaba con terrible estrépito encima de la que había ocupado un instante antes el animal.

Saltaron nuevos fragmentos, que ametrallaron al tigre, sin dañarlo demasiado al parecer, ya que se limitó a emitir nuevos ronquidos.

Del lado opuesto brotaron nuevos alaridos.

— Es como si los animales lo hubieran comprendido y se alegrasen de lo ocurrido —comentó Norman.

— Sorprendente, ¿verdad?

— No, Phil —replicó el cazador—. Actualmente, quiero decir con los animales de nuestro tiempo, ocurre lo mismo. Saltan de alegría cuando ven desaparecer, aunque sea provisionalmente, el peligro que les amenazaba. Ha sido una suerte para ellos la caída de esa roca. El deshielo, quizá…

Phil Macdonald estaba mirando ahora ladera arriba.

— No es seguro que haya sido el deshielo —dijo, interrumpiendo a su amigo—. Algo se mueve allí, Norman. Pero la distancia es excesiva, y el animal está escondido en un repliegue rocoso.

— ¿Más animales? ¡Hemos ido a parar a un zoológico de la época glacial, Phil! ¡Un paraíso de cazadores!

— Sin duda, la roca estaba en precario equilibrio en la ladera, y el animal la ha movido al esconderse, con lo que ha provocado su caída. Una gran casualidad, ¿no crees?

— Sí, pero… no nos ha beneficiado a nosotros. ¡Mira! ¡El tigre acaba de descubrir nuestra presencia!

— ¡Cielos! ¡Y… y empieza a correr hacia aquí!

En efecto, la fiera había empezado a avanzar ahora, dando saltos, en dirección a los dos amigos. Dejaba escapar una vez más su sordo ronquido.

Norman Trent se encaró el rifle.

— Está a unos trescientos metros —dijo, con técnica de cazador profesional—. Esperaré a tenerlo más cerca. No nos conviene a ninguno de los dos fallar el tiro.

— ¿Vas a matarlo, Norman?

— O a intentarlo. ¡Qué diablos, él o nosotros! Todo se reducirá a que, en vez de enviarlo a un zoo, lo mandemos a un museo de Historia Natural. Será mejor que él esté allí a que nosotros pasemos a su estómago, muchacho.

El cariño profesional de Phil Macdonald parecía se hubiera impuesto al miedo a la fiera.

— Una pieza tan hermosa… —murmuró.

— En el viejo Oeste americano, decían algunos: «El mejor indio es el muerto.» No comparto esa opinión respecto a los indios, pero he de admitir que vale en lo referente a este bicho, amigo mío.

—Sí, Norman; tienes razón. ¡Y está cada vez más cerca! ¡Dispara ya!

— Déjame actuar y no te preocupes.

El cazador seguía los movimientos de la fiera a través del punto de mira de su arma. La veía saltar, calculaba la distancia del salto y la altura que alcanzaría en el siguiente.

El tigre estaba ahora a menos de cien metros.

— ¡Norman! ¿Qué estás esperando? ¡Lo tenemos encima!

—¿Y tú eres el que se compadecía del animalito? ¡Estoy esperando a que se acerque un poco más!

El animal seguía con sus ronquidos sordos. Estaba a menos de diez metros de los dos amigos, cuando se detuvo y se encogió, preparándose sin duda para el salto definitivo.

— ¡Norman, por lo que más quieras!

— ¡Espera!

El tigre inició su feroz rugido en el momento de lanzarse al aire, como si sus patas hubieran sido unos muelles poderosos. El cañón del arma de Norman Trent le siguió en el movimiento.

— ¡Ahora! —gritó el cazador.

Y oprimió el gatillo.

Brotó el fogonazo y restalló el disparo, confundiéndose con el terrible rugido de la fiera, el cual quedó cortado en seco inmediatamente.

También quedó cortada la vida del animal, en el aire, en pleno salto.

Pareció como si el tigre hubiese chocado con un obstáculo invisible que le hubiese frenado bruscamente. Cayó al suelo en vertical y con pesadez, soltando espumarajos por la boca y con el cráneo perforado por el grueso plomo, que lo mató en el acto.

Phil Macdonald lanzó un suspiro de alivio.

— Me has hecho pasar el miedo más grande de mi vida. Norman —pudo articular, por fin.

— Necesitaba asegurarme, Phil. Ha sido una pena que la vida de este animal haya sido tan breve, después de su «reincorporación» al mundo, pero no se podía hacer otra cosa.

Phil contemplaba ahora el cadáver de la fiera.

— Un ejemplar hermosísimo. Si hubiera alguno más y te fuese posible capturarlo vivo, Norman…

— Con sinceridad, prefiero que éste sea único. Te aseguro que yo también he pasado lo mío, Phil. Esperemos que los demás sean

de otras especies más mansas. Aunque… por lo que aúllan, yo diría que también son fieros.

— Menos que el tigre. Él iba a atacarles, antes de vernos a nosotros, y ellos se escondían. Esto significa que le tenían miedo.

El griterío se había renovado, pero los dos amigos seguían sin ver nada.

— ¿Qué te parece si nos adelantáramos y les echásemos un vistazo? —sugirió Norman.

— Es lo más adecuado. De todos modos, estamos aquí para explorar el valle. No creo que el helicóptero corra peligro si nos apartamos de él.

— ¡Hum! No me sorprendería encontrarlo lleno de monos antediluvianos, o algo parecido —gruñó el cazador—. Después de lo que he visto, no creo que nada me asombre ya.

Sin embargo. Norman Trent se equivocaba. Las cosas sorprendentes que había de encontrar en aquel ventisquero sin hielo no habían hecho más que empezar.

Y lo comprobó al cabo de pocos segundos.

— Recargaré el rifle, por si acaso —dijo, mientras se ponían en marcha los dos—. Conviene estar prevenidos.

Vio que su amigo se detenía en seco y miraba a distancia con ojos desorbitados. Le oyó exclamar:

— ¡¡No!!

— ¿Eh? ¿Qué ocurre ahora, Phil? ¿Otro tigre de dientes de sable?

— ¡Algo…, algo más horrible, Norman! «¡Mira!»

El cazador siguió la dirección que señalaba el dedo de su amigo.

«Y los vio».

— «¡No eran animales los que gritaban, asustados por el tigre, Norman!»

— ¡Esto… es increíble, Phil!

— ¡Lo mismo digo yo! ¡Esto es más de lo que había podido imaginar que encontraríamos aquí!

El pequeño grupo se había detenido también, lejos, mirándoles a ellos. No eran animales. Eran unos seres de dos piernas, bajos, con colgantes melenas y barbas, y con los velludos cuerpos cubiertos con pieles.

Empuñaban unos palos largos, sin duda con puntas de piedra, a

modo de lanzas.

— ¿Son… seres humanos, Phil? —preguntó el cazador.

— Humanos o humanoides. Norman. No estoy en condiciones de contestarte con seguridad en este momento. Pero… antes he mencionado al hombre de Neanderthal… «¡Y todo me hace sospechar que nos encontramos en presencia de un grupo de ellos! ¡Y vivos!»

* * *

Quedaron los dos sin pronunciar más palabras durante un período de tiempo que no les fue posible controlar.

Los dos grupos, los hombres de finales del siglo XX y los supuestos neanderthaloides, se contemplaron unos a otros, con mutuo asombro y sin adoptar ninguna actitud.

— ¿Qué hacemos, Phil? —Acabó preguntando Norman—. No podemos continuar indefinidamente así.

— Déjame pensar. Nosotros hemos provocado esto… y nosotros hemos de buscarle una solución, desde luego.

— Es como si tu «bomba» deshibernadora hubiese actuado a modo de «máquina del tiempo», para trasladamos en breves minutos a la más remota Prehistoria —manifestó Norman.

— Con la ventaja de que, a pesar de todo, no nos hemos movido del siglo veinte.

— Te aseguro que ya no sé en qué siglo estamos en este momento, Phil. Me parece inadmisible que, relativamente cerca, exista y viva una civilización con los máximos adelantos de la técnica, para llegar a la cual sólo tenemos que volar unos pocos miles de kilómetros.

— Tienes razón, amigo mío —murmuró el científico, con expresión pensativa.

La pasividad, por lo menos aparente, de los neanderthaloides había acabado devolviendo la tranquilidad a los dos amigos. Aquellos seres primitivos se habían quedado inmóviles, distanciados, y les contemplaban sin dar ninguna muestra de agresividad.

Ahora no gritaban, pero parecía que murmuraban algunas palabras entre ellos.

— Parece que tienen una lengua para entenderse —comentó Norman.

— Nuestros antepasados de hace cien mil años lo poseían —contestó Phil—. Una lengua primitiva, de vocabulario muy reducido, pero que les servía perfectamente.

— Yo he conocido alguna de esas lenguas en pueblos muy primitivos del centro de África. Y las he aprendido. ¿Crees que esto podría servir para entendernos con ellos?

— Se puede intentar. Norman. Yo también he estudiado los orígenes del lenguaje y sus formas más antiguas. Existe cierta afinidad entre unas y otras. Creo que con un poco de esfuerzo saldremos adelante.

— Entonces intentemos acercarnos. Esperemos que no huyan.

— Yo diría que, pasado el primer momento de estupor, hemos despertado más su interés que su miedo —dijo Phil. Señaló hacia la pendiente de la montaña y continuó—: Mira… El que se había escondido allá arriba, entre las rocas, ha vuelto a salir y también nos mira.

— ¿A quién te refieres?

— Al que hizo caer la roca contra el tigre, naturalmente.

— Entonces… ¿no fue el paso de un animal lo que hizo perder el equilibrio al pedrusco?

— Ahora podemos comprobar que no, Norman. Era… ¿qué te diré yo? Una especie de trampa, preparada con antelación, para dar muerte al animal. Sin duda la han utilizado otras muchas veces, algunas con resultado satisfactorio.

— ¿Pero qué antelación puede haber existido aquí, Phil? Hace sólo unos minutos que provocamos el deshielo. Ese individuo no ha tenido tiempo de trepar, tras haber estudiado la situación y haberse puesto de acuerdo con sus congéneres…

El joven doctor en Ciencias Naturales dirigió una sonrisa a su amigo.

— No… «Ahora», Norman —dijo después.

— ¿Qué quieres decir?

— «Que todo hace suponer que la cacería de ese tigre de dientes de sable no ha empezado ahora, en el siglo veinte, sino que se inició hace cien mil años, quedó bruscamente interrumpida… y ahora nos hemos limitado a presenciar su final.»

—¿Eh…?

— Como lo oyes, Norman. Y podemos darnos por más que satisfechos. No se producen fenómenos de esta clase todos los días. Posiblemente, no se han producido nunca, desde que el mundo es mundo.

— Pero… ¡esto es una fantasía de tu imaginación, Phil! —exclamó, incrédulo, el cazador.

— En absoluto, Norman. Es la realidad. Por algún motivo que todavía no hemos podido averiguar, la congelación se produjo bruscamente en este valle, y lo convirtió en un ventisquero.

— ¿Tú crees…?

— Es científicamente admisible, amigo mío —aseveró el científico—. El fenómeno sorprendió de forma inesperada a todos los habitantes del valle, humanos, humanoides o animales. Este grupo quedó congelado, hibernado, cuando estaban atrayendo al tigre hacia aquí, debajo de la roca oscilante, que su compañero, subido ya a la ladera, se disponía a hacer caer.

— ¡Y ha tardado cien mil años en realizarlo!

Norman Trent se estaba empezando a convencer.

— Hubiera podido tardar muchísimos más, sin nuestra intervención —repuso su amigo.

— ¿Y… ellos no han advertido este gigantesco paréntesis en el transcurso del tiempo?

— No. Para ellos, esos cien mil años no han pasado. No se han dado cuenta de nada. Para ellos, el segundo que ha seguido a su brusca deshibernación ha significado el inmediatamente siguiente al que quedaron congelados. Realizaban entonces una labor y la han continuado con toda naturalidad. ¿Me has entendido bien, Norman?

— Demasiado. No sé si alegrarme o preocuparme. ¿Qué vamos a hacer con esos seres? A ellos, no podemos enviarlos a un zoológico ni a un museo. Tampoco podemos dejarlos aquí…

— Esto no nos corresponde decidirlo a nosotros, Norman. Nos limitaremos a informar sobre el descubrimiento. ¿Envías acaso a los museos a esos pueblos africanos de que has hablado?

— No, pero… en este caso…

Phil Macdonald le interrumpió.

— Este caso, amigo mío, es el mismo que el de dichos pueblos, que el de los pigmeos o el de los aborígenes australianos. Viven allí,

en su ambiente y de acuerdo con sus primitivas costumbres. No es seguro que un paso directo y brusco a la civilización les hiciera bien.

— Quizá tienes razón —admitió el cazador—. ¿Qué sugieres que hagamos?

— Lo único posible en estos momentos. Acercarnos a ellos y tratar de parlamentar.

— Vamos, pues. Quizá, para entrar en buenas relaciones, les podríamos ofrecer el tigre. Era la presa que codiciaban.

— La idea me parece buena. Norman. En realidad, tampoco podríamos llevarnos este monstruoso tigre en el helicóptero. Vamos.

Iniciaron, poco a poco, el acercamiento. Phil Macdonald levantó un brazo, actitud que, desde los tiempos más remotos, ha sido considerada como señal de paz y amistad.

— Siguen sin mostrarse hostiles —comentó Norman—. Parece incluso que les ha pasado el miedo inicial.

— Esperemos que no nos preparen alguna trampa.

— ¡Hum! Si lo intentan…, imagino que bastará un disparo al aire para que el ruido del rifle los disperse a todos.

— Sospecho que pronto sabremos a qué atenernos, Norman. Han conferenciado, a su modo, y…, mira. Se destaca uno del grupo.

— Un hombre robusto, el más fuerte, al parecer —comentó el cazador—. El jefe, sin duda.

El hombre empuñaba una de las toscas lanzas que habían visto los dos amigos, pero al dar unos pasos adelante levantó un brazo, imitando la actitud de Phil Macdonald.

Su edad resultaba indefinible, pero era evidente que se trataba de uno de los mayores del grupo, además de ser el más fuerte. Los dos amigos le examinaron con más atención, a medida que disminuía la distancia que les separaba.

— Dentro de lo que me permiten apreciar la barba y la larga cabellera, sus rasgos son bastante correctos —dijo Phil—, Yo esperaba una frente más hundida y unas cejas más salientes, como corresponde al tipo humano de Neanderthal. También unos ojos más pequeños.

— Entonces…

— Pueden pertenecer al tipo o raza que conocemos por el nombre de Cro-Magnon —prosiguió el científico—. Mucho más

adelantados en la evolución, y en la civilización, que los neanderthaloides.

— Sin embargo, convivían con el tigre de las cavernas, ¿no?

— Puede tratarse de una evolución precoz, Norman. En todo caso, las razas nunca han constituido un tipo único. Actualmente, junto a los occidentales, tenemos a los pigmeos y aborígenes de Australia de que hemos hablado antes.

— Comprendo. Hace cien mil años podían vivir los de Neanderthal y otros más avanzados. Estos últimos quizás en minoría.

— Exactamente. Y ello nos permitirá, quizá, entendernos mejor con el que tenemos delante.

— Lo estoy mirando… y creo que si le arreglásemos un poco la pelambrera y le vistiéramos como nosotros la diferencia sería muy poca.

— Sólo un poco más baja la estatura media, por lo que veo. Y… observa. Hay predominio de cabello con tendencia al rubio. ¿Te has dado cuenta?

— Quizá nos encontramos frente a los antepasados directos de los arios, Phil —manifestó el cazador.

Mientras el indígena había acabado de acercarse a ellos. Su cuerpo estaba cubierto con una piel velluda, quizá de un primitivo reno, que se ajustaba a la cintura mediante una tosca cuerda. Allí llevaba un hacha, con hoja de piedra.

Phil Macdonald fue el primero en hablar. Utilizó la forma primitiva de lenguaje, que tenía estudiada a fondo.

— Somos amigos —dijo—. Venimos en paz.

El primitivo se dio un ligero golpe en el pecho.

— Kotto —pronunció.

— Parece que se ha presentado —dijo Norman, en voz baja—. «Kotto» debe de ser su nombre.

— Lo mismo pienso —contestó Phil. Miró al nativo, se golpeó el pecho a su vez, y pronunció su nombre—: Phil… Yo, Phil.

Pareció que Kotto sonreía. Alargó el brazo para señalar el ahora distante helicóptero y, en su lengua, manifestó:

— Tu pájaro es otro.

— ¿Eh…? ¿Otro? —repitió Phil. Miró a su amigo y le preguntó —: ¿Lo has entendido, Norman?

— Me parece que bastante bien —contestó el cazador—. El «pájaro» es, desde luego, nuestro helicóptero. Pero ¿a qué «otro» se refiere?

Se volvieron de nuevo los dos hacia Kotto, quien ahora dijo:

— Si es otro pájaro, puede ser amigo.

Estas palabras, pronunciadas en lenguaje primitivo, desconcertaron todavía más a Phil Macdonald y Norman Trent.

— ¿Realmente… estamos seguros de entender lo que dice? —preguntó el doctor en Ciencias Naturales.

— ¡Um!… No sé qué decirte, Phil —contestó el cazador—. Porque si nuestro «pájaro» es «otro»… «¡Eso significaría que fueron visitados por alguien que viajaba en helicóptero, avión o algo parecido, hace nada menos que un centenar de miles de años!» Un tiempo que ellos ignoran que ha transcurrido desde entonces.

— Lo cual es imposible —dijo Phil—. Me refiero a la posibilidad de un aparato volador, no al tiempo.

— Sospecho que nos estamos metiendo en el terreno de lo absurdo, Phil. O quizá falla nuestra creencia de que entendemos su lenguaje.

— No. Estoy seguro de comprenderlo bien. Se ha referido a un pájaro, desde luego. Real o mecánico, pero algo que volaba.

— ¿Podría ser un águila gigante? ¿Qué clase de aves existían en aquellos tiempos, Phil?

— Y yo pregunto, a mi vez: ¿quién pudo ser capaz de domar un águila gigante y viajar en ella? Todo esto es sorprendente. Más sorprendente aún que el mismo descubrimiento de esta raza primitiva, sometida a hibernación bajo los hielos del glaciar.

Kotto parecía estar muy atento a aquella conversación entre los dos amigos, en lengua inglesa, y de la cual, por lo tanto, no podía entender nada.

— El otro gran pájaro es nuestro —manifestó el nativo—. Nosotros lo hemos cazado.

— ¿Lo habéis cazado? ¿Lo tenéis aquí? —indagó

Phil, cuyo desconcierto iba en aumento —¿Le habéis dado muerte?

— El gran pájaro ha muerto, pero vivirá otra vez. La Reina lo ha prometido.

— ¿Eh? —Gruñó Norman—. ¿Acaso hibernaron al bicho antes

de que el hielo les hibernase a ellos? ¡Esto sería como perder el juicio, Phil!

— Yo no sé si lo he perdido ya. Pero estamos metidos en la aventura y hemos de llegar hasta el final… o intentarlo. Salgamos de dudas.

Phil empleó de nuevo el lenguaje primitivo y preguntó a Kotto:

— ¿Puedes enseñarnos el gran pájaro?

— Tú has dicho ser amigo —contestó el hombre primitivo—. Si me engañas, morirás. Tu compañero también.

Notaron algo parecido a un fruncimiento de cejas, amenazador, en el rostro del que parecía ser el jefe de la tribu.

— Somos amigos —aseguró Phil. Se golpeó de nuevo el pecho e hizo lo mismo con el cazador—. Yo… Phil. Él… Norman.

— Seguidme —dijo Kotto.

— ¿Adónde vas a llevarnos?

— Has pedido ver el gran pájaro. Te lo enseñaré. Ahora duerme.

Kotto dio media vuelta y empezó a acercarse a los demás miembros de la tribu. Norman y Phil oyeron un murmullo. Muchas voces que hablaban a la vez, en tono interrogante, con desconfianza. Kotto les contestó, calmándoles.

— Han dicho que son amigos —fue lo que Phil y Norman pudieron captar.

Todo el grupo se puso entonces en marcha, a lo largo del valle. Los dos hombres del siglo XX se vieron rodeados, escoltados, por los restos de aquella tribu de la remota Prehistoria.

— De hecho, somos prisioneros ya —dijo Phil al cazador.

— No del todo, muchacho —contestó el aludido, mostrando discretamente el rifle que todavía empuñaba—. Nos queda esto, ¿verdad?

— Ahora no estoy seguro de que un disparo al aire les asustara demasiado, Norman. Han visto el helicóptero, y lo han identificado como un «pájaro grande». ¿Quién nos dice que no son capaces también de identificar un rifle?

— ¡No supondrás que quien les visitó en el pasado iba equipado con armas de fuego!

— Después de lo que hemos oído, amigo mío, estoy dispuesto a suponerlo todo —concluyó Phil.

El grupo se dirigió hacia un recodo de la ladera montañosa.

Norman y Phil pudieron ver entonces, delante suyo, un corto ramal del valle, que la montaña volvía a cortar, por el fondo, y en el que se abrían diversas bocas de cuevas.

— Sus moradas —comentó Phil—. Son, pues, auténticos hombres de las cavernas.

— Y por la boca de aquella cueva —dijo Norman, señalando la de más al fondo— podría entrar incluso uno de nuestros enormes aviones modernos.

— ¿Piensas realmente que puede tratarse de un avión, Norman?

— No pienso absolutamente nada —contestó el cazador, casi con mal humor—. Sólo digo qué tipo de aparato podría pasar por aquí. En cuanto a lo que hay en realidad, supongo que muy pronto vamos a verlo.

Lo vieron, efectivamente. Porque Kotto y los demás miembros de la tribu les condujeron precisamente hacia la entrada de la cueva grande. Por la enorme boca entraba luz suficiente para que pudiera verse con detalle todo lo que estaba en el interior.

Y Kotto lo señaló, con expresión triunfal.

— Aquí está el pájaro —dijo—. Grande…, mucho más grande que el vuestro. Ahora duerme.

Phil Macdonald y Norman Trent se quedaron sin palabras. Les fue imposible lanzar siquiera una exclamación.

No había ninguna amenaza a la vista, pero lo que vieron les dejó más aterraros que la anterior presencia y los rugidos del tigre de dientes de sable. Y más aturdidos que la primera visión de aquellos hombres del remoto Paleolítico.

Era una más, de la serie de sorpresas, cada vez mayores, que les proporcionaba aquella insólita aventura en la costa norte de Groenlandia.

Algo imposible, y a la vez real.

« ¡Porque lo que estaban contemplando los dos amigos en aquellos momentos, lo que les mostraba el primitivo hombre de las cavernas… era un platillo volante! ¡Una nave espacial, como las que aparecían ilustradas en los relatos de Ciencia-ficción, ya que, hasta aquel momento, no habían visto jamás ninguna auténtica!»

Capítulo III

Tardaron muchos segundos en reaccionar. Ni al uno ni al otro les fue posible articular una sola palabra.

Por fin, de las dos gargantas brotó, casi simultáneamente, la misma exclamación:

— «¡No! ¡Imposible!»

— ¿Os asusta el pájaro? —Preguntó Kotto, en tono amable, que contrastaba con la exclamación de pánico de ambos amigos—. Os he dicho que duerme.

— ¿Dónde…, dónde habéis cazado este pájaro, Kotto? —preguntó Phil Macdonald, cuando le fue posible hablar con más claridad.

El jefe de los primitivos señaló en dirección al centro del valle.

— Allí.

— Pero ¿cuándo?

— El astro de luz ha salido muchas veces desde entonces.

— Infinidad de veces más de lo que ellos suponen —murmuró Norman—. ¿Habremos de admitir que la Tierra era visitada ya hace centenares de miles de años por seres del espacio exterior?

— Estamos en una situación en que hay que admitirlo todo, Norman —contestó Phil—. Ante esto, propongámonos algo en firme, amigo mío. ¡Propongámonos no asombrarnos ni desconcertarnos por nada más!

— Yo estoy esperando ya que aparezcan menudos marcianos, de piel verde, de un momento a otro. ¿No es así como los pintan?

En vez de contestar a su amigo, Phil Macdonald se dirigió de nuevo al jefe de la tribu.

— ¿Cuántas veces ha salido el sol desde que capturasteis el gran pájaro, Kotto?

El primitivo mostró abiertos los dedos de ambas manos.

— Muchas veces esto —contestó.

— Era de suponer —dijo Phil al cazador—. Son incapaces de contar por encima de diez.

— Y, sin embargo, son propietarios de un platillo volante, ¿qué te parece?

Contemplaron, ahora con más calma, la nave del espacio encerrada en la cueva. Era grande, redonda y achatada por encima y por debajo, con lo que justificaba el nombre de «platillo volante» con que habían bautizado aquel tipo de naves los que afirmaban haber visto alguna.

Estaba construida de un metal parecido al aluminio, pero mucho más brillante, que la luz que penetraba en la cueva hacía resplandecer más aún. Estaba posado directamente sobre el suelo, sin ruedas, y en la parte achatada de encima, en su centro, se alzaba una pequeña cúpula en la que se podían apreciar ventanillas o compuertas de acceso. En torno a su circunferencia brotaban unos tubos, que los dos amigos juzgaron que servían para la propulsión dé la nave.

— ¿Qué habrá sido de los seres que tripulaban esta nave? —Murmuró Phil—. También ¿cómo fue que la dejaron capturar por unos hombres armados sólo con palos y hachas de piedra?

— Supongo que sería muy interesante saberlo, muchacho. Pero ¿por qué no se lo preguntas a Kotto, en vez de a mí?

Fue lo que hizo el joven doctor a continuación.

— ¿Dónde están los que viajaban en el gran pájaro?

— Sólo la Reina puede contestarte —dijo el hombre de las cavernas.

— ¿No eres tú el rey de la tribu?

— Kotto es el jefe de los guerreros. La Reina es Yakoma.

— ¿Podemos verla?

— La veréis. Ella decidirá vuestra suerte.

Norman, que escuchaba, hizo una mueca de desagrado.

— De modo que nos consideran prisioneros, después de todo —gruñó—. Muy amables, pero vamos a ser sometidos a una especie de juicio.

— No les hemos causado ningún daño, sino todo lo contrario. Les hemos librado de una terrible fiera que les amenazaba.

— Esperemos que lo tengan en cuenta a nuestro favor —repuso

Norman. Indicó de nuevo el rifle—. De lo contrario, sintiéndolo mucho, tendrán que entendérselas con esto.

Como si hubiese comprendido sus palabras, Kotto se encaró con él.

— Tú entregarás tu lanza que truena antes de ver a la Reina —le dijo.

Y alargó el brazo para tomar el arma. Norman dio un paso atrás, poniéndose fuera de su alcance.

— ¿Qué? ¡Estás loco, amigo! Un cazador, lo mismo que un soldado, sólo se deja quitar el arma con la vida.

Vio un brillo de furor, que no había aparecido hasta entonces, en los ojos del hombre primitivo.

— ¡Tu lanza! —repitió Kotto.

— ¿Qué hago, Phil? ¿Empiezo a disparar al aire, les disperso y nos largamos de aquí?

— ¿Adónde iríamos? Ellos dominan el valle.

— Pero nos queda el helicóptero. Antes de que hayan reaccionado, podemos estar a bordo y escapar de esta trampa de una maldita vez.

— ¡Yo no abandono esto sin haber llegado al final, ocurra lo que ocurra, Norman! Es demasiado seductor. Para mí sería un suplicio durante el resto de mi vida pensar que no aclaré este enigma cuando podía hacerlo.

Para apaciguar a Kotto, le ofreció su propio rifle.

— Toma. Mi lanza es tuya.

— Tú eres amigo —dijo Kotto—. Él no. Pero entregará la lanza.

Y tomó el rifle de Phil.

— Parece que han notado cierta agresividad en tu modo de obrar, Norman. Es mejor que te muestres amistoso como yo.

—Me importa un rábano lo que hayan notado, muchacho. ¡Si quieren mi arma, tendrán que luchar por ella!

— Son muchos, Norman.

— Efectuaré un disparo al aire, para asustarles. Si con esto no consigo nada, me veré obligado a disparar a bulto. Me he visto en muchas situaciones apuradas en mi vida de cazador, Phil. ¡Y qué diablos! ¡El derecho a la defensa propia no está prohibido por ninguna ley!

La situación se estaba poniendo inesperadamente tensa. Kotto

estaba dando instrucciones a sus hombres, y Norman, por su parte, se disponía a manejar el rifle, tal como había anunciado.

Phil quiso realizar un postrer esfuerzo.

— ¡Espera, Norman! —gritó—. ¡Esperad todos! ¡Quiero hablaros!

Lo dijo primero en inglés y lo repitió a continuación en la lengua primitiva.

— Será perder el tiempo, Phil.

— Deja que intente convencerles. Es vital para nuestras posibilidades de continuar la exploración.

Se encaró con Kotto y le preguntó:

— ¿Qué os hemos hecho?

La respuesta del primitivo fue un tanto desconcertante y, desde luego, inesperada:

— Uno es brujo. Tu amigo.

—¿Eh…?

— Su lanza de fuego es mágica.

— La lanza de fuego ha dado muerte al tigre que os amenazaba —dijo Phil—. Os hemos ayudado.

— El fuego ha matado al tigre —replicó Kotto—. Pero también los árboles y las plantas. Y al marchar el fuego ha llegado frío. Mucho frío.

Phil se quedó aturdido, sin saber qué decir. En cualquier caso, sabía que era inútil decir nada, porque las mentes de aquellos hombres primitivos no estaban preparadas para comprender la verdad.

Miró nuevamente a Norman.

— ¿Has oído? —preguntó.

— Sí. Suponen que la vegetación que había en el valle, «cuando iniciaron la caza del tigre, hace cien mil años», se ha esfumado en el momento de disparar yo.

— Al quedar deshibernados, al reanudarse el funcionamiento de su cerebro, siguieron con la idea de la caza y no se dieron cuenta de nada más. Con la muerte del tigre su tensión decreció… y fue entonces cuando advirtieron la transformación experimentada por el paisaje.

— Sin embargo, nos recibieron bien —dijo Norman.

— Lo aparentaron, ahora me doy cuenta. No podemos negarles

un principio de inteligencia y cierta sagacidad. Además no podemos olvidar al otro «pájaro». Está detrás nuestro, dentro de la cueva.

— ¿Qué quieres decir, Phil?

— Tuvieron visitantes. No sabemos cómo los trataron, pero sin duda ellos también les consideraron brujos. Fue… un entrenamiento para cuando nos vieron a nosotros, ¿comprendes?

— Sí, pero todo ello me gusta muy poco.

Kotto interrumpió su conversación.

— ¡Que tu amigo entregue la lanza! —ordenó a Phil.

Parecía considerar al doctor en Ciencias Naturales como jefe de la pareja. Pero fue Norman quien contestó:

—¡Acabemos de una vez! ¡No hay lanza! ¡Y ahora mismo va a funcionar!

— ¡No! ¡Todavía no! —Gritó Phil—. ¡Intentemos entretenerles! ¡Intentemos hacerles hablar y ganar tiempo!

— ¡Tonterías, Phil! ¿Para qué…?

Estaban en la entrada de la cueva, de espaldas al interior y a la extraña nave del espacio, que parecía una cosa completamente fuera de lugar en aquel escenario prehistórico. Como si quien había planeado la composición de lugar hubiese sufrido un terrible error.

No vieron, por tanto, a los dos hombres primitivos que aparecieron en la entrada, armados con toscos palos en sus manos.

Sólo Phil se dio cuenta de ello, en el último instante, cuando se volvió hacia su amigo para tratar de convencerle por última vez.

— ¡Cuidado! ¡Cuidado, Norman! ¡A tu espalda!

—¿Eh…?

El cazador se volvió con rapidez, en un intento de defenderse del desconocido peligro, pero fue ya demasiado tarde.

Uno de los primitivos descargó un fuerte mazazo sobre su cabeza, antes de que Norman pudiera impedirlo.

Phil le oyó soltar un sordo gemido, mientras soltaba el rifle, sin fuerzas ya para sostenerlo, y caía desplomado al suelo.

Oyó que Kotto gritaba:

— ¡Se acabó un brujo! ¡Ahora el otro!

Phil había entregado voluntariamente su rifle y no tenía la menor posibilidad de defensa.

Vio la gruesa rama que se empezaba a abatir sobre su cabeza.

— ¡Kotto! ¡Yo soy amigo, Kotto! —pudo exclamar.

Luego nada más.

Sintió el fuerte golpe y notó que caía al suelo mientras la oscuridad total se apoderaba rápidamente de su cerebro.

* * *

La oscuridad pareció que continuaba cuando, lentamente, los dos amigos empezaron a volver en sí.

Norman Tren se llevó una mano a la cabeza y dejó escapar un gruñido.

— ¡Uf! ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?

Oyó cerca la voz de Phil Macdonald:

— Estás en un valle de la costa norte de Groenlandia, y has recibido un fuerte mazazo en la cabeza.

— ¡Phil, muchacho! ¿Estás ahí?

— Sí…, y sospecho que el chichón mío es por lo menos tan grande como el tuyo.

— ¿También… te han golpeado?

— No han hecho distinciones, te lo aseguro.

— Pero ¿dónde nos han metido? La oscuridad es completa.

— He despertado hace sólo unos momentos, Norman. No he tenido tiempo de examinar el sitio. Sin embargo, creo que estamos en una de las cuevas que vimos antes.

El joven científico señaló hacia una tenue claridad que se insinuaba frente a ellos, por encima de la oscuridad total, y añadió:

— Supongo que no ves en qué dirección te indico, Norman, pero yo diría que allí está la entrada de la cueva.

— Ya la veo. Entonces… no estamos encerrados.

— Hace cien mil años no se habían inventado aún las mazmorras con puerta, muchacho.

— Pero sospecho que sí que se había inventado el afán de los prisioneros por recuperar su libertad —replicó el cazador—. ¿No estás de acuerdo conmigo?

— Por completo, Norman.

Sus ojos se habían empezado a acostumbrar ya a la falta de luz, y Phil pudo captar el bulto del cuerpo de Norman, que empezaba a arrastrarse en dirección a la salida de la cueva.

— En tal caso —dijo el cazador al mismo tiempo—, vamos a

intentar…

— Espera, Norman. No cometamos nuevas imprudencias. Esta vez es esencial que lo tengamos todo bien calculado.

— Por lo menos, miremos si hay un vigilante ahí fuera. No vamos a perder nada con ello.

— También nos conviene conocer la proximidad de esta cueva a la salida general hacia el valle. Esto nos permitirá calcular nuestras posibilidades. Pero es necesario que no nos vean. Ni que nos oigan hablar.

— Lo haremos en voz baja. Creerán que todavía estamos desvanecidos —dijo Norman.

— Esto me hace pensar en una cosa, muchacho —contestó Phil —. ¿Qué hora será?

— ¿Crees que esto importa en este momento?

— Hasta cierto punto. Nos golpearon en pleno día… y ahora es noche cerrada. Por lo menos, hemos estado seis horas desvanecidos. ¿No crees que es demasiado, para un simple porrazo?

— El que me dieron a mí fue muy fuerte. Es lo único que puedo decirte. Pero ¿qué sospechas?

— Nada en concreto. Sólo he pensado que no era natural que hubiésemos estado tanto tiempo sin sentido. Bueno, vamos a ver…

Estaban ahora al lado mismo de la salida de la cueva. Vieron, arriba, un cielo estrellado, pero sin luna, que enviaba muy poca luz.

A pesar de todo, pudieron apreciar que se encontraban muy cerca de la salida a la parte extensa del valle.

— No se ve a nadie —comentó Norman—. No parece que hayan encendido fuego tampoco. ¿No lo conocían los hombres de la raza de Neanderthal?

— Lo conocían —aseguró Phil—. Además hemos quedado en que éstos son de una raza más adelantada. Cro-Magnon, posiblemente.

— Pues… con el frío que hace… Yo estoy helado, a pesar de la ropa especial que llevamos.

— Yo también, Norman. Pero no olvides que, para tener fuego, además de conocer, hay que tener posibilidades de poder encenderlo. Hay que tener algo que arda. Y al desaparecer la vegetación del valle, se han quedado sin leña.

— De lo cual nos acusan a nosotros. O, concretamente, a mí —

gruñó el cazador.

— Esto es lo de menos ahora, Norman. Lo importante es que el intenso frío les tiene recluidos, sin duda, en lo más profundo de sus cuevas. Y para nosotros será una gran ventaja.

— Sin vigilancia, podremos largarnos tranquilamente, llegando hasta el helicóptero…

— A pesar de todo, sentiré marcharme de aquí, Norman.

— ¡Bah! Con tu maravillosa «bomba», podremos deshibernar otro valle, sin duda con muchas menos complicaciones.

Phil Macdonald frunció el ceño con disgusto. Como habían convenido, hablaban en voz muy baja los dos.

— No imagines que vamos a encontrar tribus prehistóricas a cada esquina, Norman —dijo—. Lo de aquí ha sido una casualidad. Ni siquiera yo, con todo mi entusiasmo, esperaba encontrar tanto. Todo lo más, algún animal de la época, como el tigre de las cavernas…

— ¡Y hemos encontrado hasta un «platillo volante!» Como si una «máquina del tiempo» nos hubiese transportado a la vez a la Prehistoria y al Futuro…, sin habernos movido de nuestro querido siglo veinte.

— Un «platillo» que, según todas las probabilidades, lleva cien mil años enterrado aquí —murmuró el cazador—. Otro misterio, tan importante como los demás, que me gustaría desentrañar.

— Yo pensaba que sólo te interesaba el pasado, Phil.

— Soy doctor en Ciencias, y la ciencia lo incluye todo, amigo mío.

Habían empezado a ponerse en marcha, fuera ya de la cueva, y muy arrimados a las piedras del pie de la ladera montañosa, para que las sombras de sus cuerpos, al moverse, no fuesen distinguidas por algún centinela.

Pero no oyeron nada, ni nadie llamó su atención. El silencio era absoluto en la fría oscuridad de aquella noche polar, afortunadamente en pleno verano.

Se animaron a continuar.

— Cuando hayamos regresado, escribiremos un libro entre los dos, narrando esta fantástica aventura, Phil —dijo Norman Trent.

— No nos creerá nadie, muchacho. La considerarán todo fruto de una imaginación exaltada. Además… tenemos que hacer otra

cosa antes que meternos a escribir libros.

— ¿Qué, Phil?

— Dar cuenta a las autoridades de nuestro doble hallazgo, ¿no te parece? Nos crean o no, existe el platillo volante y existen los hombres primitivos.

— Y las mujeres —añadió el cazador—. Aunque no hayamos visto ninguna.

— Sin duda, hicieron que se escondieran. Es una costumbre primitiva, para evitar los raptos de mujeres, tan frecuentes entre las tribus.

— ¿Temieron que se las robásemos nosotros? —comentó Norman jocosamente—. Te aseguro que no me veo haciéndole el amor a una mujer de la época de Neanderthal.

— Cro-Magnon, Norman —le rectificó Phil—. No es lo mismo. Se trata de una raza muy parecida físicamente a la nuestra. Has podido comprobarlo en los ejemplares masculinos, ¿no?

— Lo admito. Pienso que, quizá, hubiese llegado a enamorarme de su famosa Reina. Casi lamento no haberla conocido.

— Quizá sea una vieja —sugirió Phil, que se había puesto también de buen humor al comprobar que se acercaban cada vez más a la libertad.

— ¡Hum! —Hizo el cazador—. Bien, no me importa lo que sea. Retiro lo dicho antes. Poder escapar de aquí está por encima de todo.

— Y ahora lo tenemos más a mano que nunca, muchacho.

Habían empezado a avanzar ya hacia el centro del valle, y el peligro de verse descubiertos y apresados de nuevo era cada vez menor.

O, por lo menos, lo parecía.

De pronto, Phil Macdonald dijo:

— El consuelo que me queda es que, al huir, vamos a hacer una obra humanitaria, Norman. Esos hombres primitivos no están ahora en condiciones de continuar aquí.

— ¿Por el frío?

— Exactamente. Para ellos, hasta «ahora», o sea hasta que quedaron hibernados, el clima habitual era el cálido, o, por lo menos, el templado. No podrán resistir el frío intenso del invierno, ni siquiera del otoño.

— Y en cuanto caiga la primera nevada, que no será floja, el ventisquero empezará a formarse de nuevo.

— Para entonces, las autoridades les habrán sacado ya de aquí, si se dan un poco de prisa.

—¡Y entonces tendrán que creernos! ¡Se impondrá la evidencia! ¡No será un libro, sino los propios hombres de la tribu los que constituirán la demostración!

— Y no nos olvidemos del «platillo volante», Norman. También será encontrado.

— Pienso… ¿cómo pudieron capturarlo, Phil? Porque es evidente que lo tenían metido en la cueva antes de la glaciación.

— Pudo sufrir una avería. Hemos de admitir que estas naves extragalácticas también están expuestas a sufrir averías.

— Admitido. ¿Qué debió de ser de sus ocupantes? ¿Los mataron, quizá?

— Una pregunta difícil de contestar, amigo mío —dijo Phil—. Es posible, ya que según Kotto eran «enemigos». Supuestos brujos, como nosotros, según el modo como se comportaron. Pero… en lo que nos dijo Kotto hay algo que no he podido comprender bien, Norman.

— ¿A qué te refieres?

— Al platillo. Al «pájaro», según lo denominaba él. Dijo que estaba dormido, o muerto, pero que la Reina lo devolvería a la vida.

— ¡Es cierto, Phil! ¡Ahora lo recuerdo también! ¿Cómo pensará esa mujer, esa Reina, devolver la vida, o sea buscar hacer funcionar de nuevo una nave cuyo mecanismo posiblemente serían incapaces de comprender nuestros técnicos más adelantados?

— Eso es lo que me da que pensar, Norman.

El cazador sonrió.

— Bueno, dicen que no hay nada más atrevido que la ignorancia, Phil. Y, puesto que creen en la magia, quizás esperaban encontrar un mago bueno que les ayudara.

— No deja de ser una explicación.

— Vale tanto como cualquier otra. Y… debemos de estar ya muy cerca del helicóptero, si no hemos equivocado el camino en esta semioscuridad.

Phil Macdonald señaló el suelo, delante suyo.

— No lo hemos equivocado, porque…, mira, ahí está el cadáver

del tigre. No ha sido tocado.

— En efecto. Entonces el helicóptero tiene que estar… Pero… ¡yo no veo nada, Phil! ¡Y debería encontrarse a pocos pasos de la fiera! ¿Eres capaz de distinguir su silueta en la oscuridad?

— No, Norman. Yo tampoco la veo. Lo único…, lo único que puedo comprobar realmente… ¡es que el helicóptero ha desaparecido del lugar donde lo dejamos!

La animosidad que habían mantenido hasta entonces se esfumó por completo, en una fracción de segundo. Por una vez más, en aquella fantástica aventura, notaron el estremecimiento que recorría sus cuerpos.

Se lanzaron los dos adelante y escudriñaron el helado suelo, a la escasa luz que enviaban las estrellas, muy brillantes a través de la despejada atmósfera.

— Esto… son las señales dejadas por las ruedas, Norman —dijo el doctor—. ¡El aparato estuvo posado aquí, no hay duda!

—¡Y ha desaparecido! ¿Qué puede haber pasado? ¡No se ven huellas de que lo hayan arrastrado! ¡Lo han sacado de aquí por el aire, elevándolo, Phil! ¿Es… es esto admisible?

— Ante la evidencia no hay más remedio que admitirlo todo.

— ¿Crees que alguno de esos hombres primitivos puede haber sido capaz de manejar los mandos de nuestro helicóptero y hacerlo funcionar?

— No sé qué creer, Norman. Temo que mi cerebro no funciona con suficiente lucidez.

Y fue entonces cuando los dos amigos recibieron una sorpresa que había de superar a todas las anteriores.

Sonó una voz a sus espaldas, a pocos pasos de donde estaban los dos, examinando aún las huellas de las ruedas del helicóptero. Una voz femenina, suave, fina, que en otras circunstancias habrían encontrado los dos absolutamente agradable:

— Señor Phil Macdonald… Señor Norman Trent… No hace falta que sigan investigando. Yo les diré qué ha sido de su helicóptero. Lo tengo en mi poder, junto a la nave espacial que vieron antes en la cueva grande.

Norman y Phil se habían puesto de acuerdo para no dejarse sorprender por nada, fuera lo que fuese. Pero lo de ahora, la voz femenina que acababa de hablar, superaba todas las marcas

posibles. Derrumbaba todas las teorías, dentro de lo que podía tolerar la más elemental sensatez.

Y no por lo que había dicho, sino por el idioma que había empleado.

«¡La mujer no había empleado el lenguaje primitivo de la tribu, sino que se había expresado en inglés, el idioma de los dos amigos!

¡Y quienquiera que fuese aquella mujer, forzosamente tenía que haber estado hibernada durante cien mil años bajo los hielos que hasta la explosión de la bomba de Phil habían llenado por completo aquel valle, convertido en inmenso glaciar!»

Capítulo IV

Phil Macdonald y Norman Trent no se volvieron inmediatamente. Continuaron en la misma postura, agachados, inmóviles, petrificados, como si en aquel momento hubiesen sido ellos víctima de una repentina hibernación.

Hubo unos momentos de silencio absoluto, hasta que la voz volvió a dejarse oír:

— ¿No me han entendido, señores?

El mismo tono. La misma suavidad. «Y el mismo idioma de antes».

Norman y Phil se incorporaron poco a poco, muy lentamente. Y no osaron volverse hacia su desconocida interlocutora, temerosos de verse frente a algo escalofriante, pese al tono suave de la voz.

La oyeron de nuevo:

— Les he hablado, señores. Y estoy acostumbrada a que se me conteste.

Ahora había menos suavidad en su tono, que era más imperativo.

— ¿Quién… es usted? —preguntó Norman, sin volverse todavía.

— Yakoma. La Reina de esta tribu… y de este valle.

— ¡Imposible! —replicó el cazador.

— Extraña imposibilidad, señor Trent. ¿He sido acaso destronada? Me gustaría saber por quién. ¿Quizá por ustedes?

— Si usted fuese la reina de esos hombres, no podría ser que… —empezó a decir Norman. Pero se calló de pronto.

No. No debía continuar. No sabía cómo era posible que aquella mujer hablase inglés, como ellos, después de mil siglos de hibernación, pero no se delataría descubriendo el formidable secreto.

¿O quizá no era ningún secreto para ella?

Empezó a volverse, con la misma lentitud con que se había incorporado poco antes, y vio que Phil Macdonald estaba haciendo lo mismo.

Ahora ya vio a la mujer, siempre a la escasa luz que descendía del cielo.

De buena estatura, pero sin destacar del conjunto de los hombres de la tribu. Joven, esbelta, con cabello rubio, como habían visto ya en gran parte de los indígenas… y muy hermosa. Sin la barba masculina, la belleza de las facciones se podía apreciar mucho mejor.

Phil, que la estaba contemplando también, murmuró:

— Una Cro-Magnon pura.

Yakoma iba vestida con pieles, lo mismo que los restantes miembros de la tribu, aunque se podía apreciar cierta coquetería en el modo de llevarlas. Calzaba sandalias de piel, que se sujetaba mediante tiras que se entrecruzaban por debajo de la rodilla.

Más atrás, sin duda guardando respetuosa distancia, vieron las siluetas de Kotto y otros guerreros de la tribu, que empuñaban sus lanzas con puntas de piedra.

— ¿Qué es lo que no puede ser, señor Trent? —preguntó la Reina.

— Nada —mintió Norman—. Me refería aún…, al helicóptero. He pensado que no podía ser que no estuviese aquí, a pesar de todo.

Los dos amigos captaron una sonrisa burlona en los labios de la mujer.

Después ella dijo, mirando a Norman:

— ¿No será más bien que le parece imposible que yo hable su idioma, el inglés…, cuando supone que he estado cien mil años enterrada bajo los hielos de este valle, juntamente con mi pueblo, inconsciente, o hibernada, como dicen ustedes técnicamente?

El cazador soltó un respingo.

— ¿Dice que lo «suponemos»? ¿Cómo ha podido adivinar esta suposición? Nadie le ha hablado de ella. Además… ¿quiere darnos a entender que no ha estado hibernada realmente?

Phil Macdonald intervino:

— Hay motivos para sospecharlo. Norman.

— Pero… ¿y esos hombres primitivos? —insistió Norman Trent —. ¿Cuánto tiempo llevaban debajo de los hielos?

Yakoma sonrió de nuevo.

— Hagamos un cálculo, señor Trent —dijo—. Según los datos verídicos y comprobados que se poseen, la última glaciación tuvo lugar hace cien mil años aproximadamente. ¿Me equivoco?

— No.

— Desde entonces los hielos no han desaparecido de esta costa del norte de Groenlandia, en los límites del Círculo Polar.

— Está usted muy enterada, Yakoma —replicó Norman—. ¿Puedo llamarla así o, como reina, he de darle tratamiento de Majestad?

— El pueblo desconoce los formalismos, señor Trent. Ellos se limitan a tratarme con respeto. Mi nombre es Yakoma, y no me ofende que me llamen de ese modo.

— Estamos hablando mucho, sin aclarar nada —gruñó Phil, con mal humor.

— Ustedes no necesitan aclarar nada, salvo una cosa: que su fuga es imposible, a menos que quieran cruzar a pie, de norte a sur, las nevadas extensiones de Groenlandia. No me pidan comida, porque no se la voy a facilitar. ¿Se atreven a intentar la marcha?

— Sería como ir a una muerte segura —contestó Norman.

— Entonces no piensen más en la fuga y quédense aquí.

— ¿Tenemos acaso asegurada la vida quedándonos?

— Yo no pienso condenarles. En cierto modo, hay algo real en todo lo que se ha hablado. Es verdad, una auténtica verdad, que yo estaba enterrada aquí con mi pueblo, y que ustedes, con su artefacto, nos han sacado a todos de un sopor que sería muy difícil calcular por cuánto tiempo se hubiera prolongado.

— Pero si ha estado de verdad debajo de los hielos… ¿cómo ha podido aprender la lengua inglesa, Yakoma?

— Sería complicado contestar a todo esto. Dejémoslo. ¿Se deciden a regresar a las cuevas conmigo y con mi gente?

— ¿Vamos a ser juzgados y condenados?

— Juzgados lo han sido ya.

—¿Cuándo?

— Mientras dormían, aturdidos por los golpes que recibieron en la cabeza.

— Una forma muy rara de juzgar.

— Pero eficaz. La persona dormida no tiene posibilidad de

mentir. Contesta con sinceridad a todo lo que se le pregunte.

—¿Eh…?

— Yo quería saber quiénes eran ustedes en realidad… y si habían obrado por cuenta de mis enemigos. Ahora sé que no.

Norman Trent soltó otro respingo.

— ¡Esto es para volverse loco! ¿Qué enemigos la pueden acechar a usted y a su pueblo prehistórico, después de mil siglos de hibernación? ¿Suponía que alguien había podido estar esperándoles tanto tiempo? Sabe usted muchas cosas, según parece, pero temo que ignora que la gente que alcanza los cien años de existencia está considerada ya como algo extraordinario.

— Es posible que sepa unas cosas e ignore otras, señor Trent —contestó lacónicamente la mujer.

Phil Macdonald parecía poco interesado en la conversación. En realidad, estaba meditando profundamente.

— Todo esto es lo que se suele llamar una discusión bizantina, que no aclara nada —dijo por fin—. Yo preferiría ir al grano de la cuestión.

— Exponga lo que es el grano, según usted, señor Macdonald —contestó la mujer.

— Le haré sólo unas preguntas. Contéstelas si quiere.

— Las contestaré si puedo.

— Primera: ¿Cómo sabe nuestros nombres? ¿Cómo es capaz de identificarnos separadamente, sin confundirnos?

— No comprendo cómo no se les ha ocurrido a ustedes. En el helicóptero dejaron documentación personal, con fotografías, ¿no? Pues yo la encontré. Ya ve qué fácil.

— Entonces ¿ha sido usted quien ha hecho elevar el helicóptero?

— No supondrán que se ha elevado solo. Y…, bueno, mi gente no está demasiado adelantada para que se pueda confiar una misión de este tipo a ninguno de ellos.

— ¿Ya usted sí, Yakoma? —Saltó Norman Trent, casi con furor —. ¿Acaso se tomaba algunas «vacaciones» para estudiar, durante su período de hibernación?

— Por desgracia, no. He pasado toda la hibernación debajo de los hielos, lo mismo que mi gente.

— ¡Usted no es lo que aparenta! ¡Se está burlando de nosotros!

Por toda respuesta, Yakoma se volvió y, en lenguaje primitivo,

llamó:

— ¡Kotto! ¡Ven aquí!

— Sí, mi Reina.

El jefe de los guerreros se adelantó.

— Di a los extranjeros quién soy yo, Kotto.

— Eres Yakoma, la Reina —contestó el hombre prehistórico, mirando en dirección de Phil y Norman.

— ¿Cuándo me nombrasteis vuestra Reina?

Kotto mostró los dedos de las dos manos, como había hecho en otra ocasión ante los dos amigos.

— Hace muchas salidas de sol —dijo—. Muchas veces estas.

— ¿Creen que miente, señores? —preguntó Yakoma a los dos amigos.

— Podemos aceptar que no —contestó Phil.

— ¿Quieren que interrogue a otros?

— No adelantaríamos nada con ello. Nos damos por vencidos.

— ¿Van a regresar voluntariamente a las cuevas, pues?

— Podríamos dejar de lado lo de «voluntariamente», Yakoma —intervino Norman, con mal humor—. Puesto que no tenemos ningún medio de salida, pasaremos menos frío allí que tendidos sobre el suelo del centro del valle.

— Les facilitaré pieles. Tenemos de reserva.

La mujer dio una orden a los nativos y todo el grupo emprendió el regreso hacia la zona de las cuevas.

Yakoma marchaba entre los dos amigos, escoltados todos por los nativos con sus lanzas.

— Habló usted de varias preguntas, señor Macdonald —dijo—. ¿Las ha completado ya? Nos evitarían efectuar la marcha en un desagradable silencio.

— Me gustaría saber qué intenciones tiene, respecto a esos hombres y a usted misma, Yakoma —dijo Phil—. Esta situación, con el valle libre de hielos, no va a durar indefinidamente.

— Una pregunta muy humanitaria. Bien, yo he pensado ya en ello. Desde luego, nos tendremos que trasladar a otro lugar más acogedor.

— ¿Y cree que les dejarán en paz? ¿No sospecha que intervendrán las autoridades mundiales y les sacarán de esta vida prehistórica? ¿No es mejor que busquen ayuda práctica, ahora que

les es posible?

— Esto, más que una pregunta, es un ametrallamiento de ellas, señor Macdonald —sonrió la mujer—. Yo le daré una contestación… unificada. El que nos molesten o no dependerá del lugar que elijamos como nueva residencia.

— Actualmente, la Tierra, con los modernos y veloces medios de comunicación, se ha convertido en un pañuelo, Yakoma. En cuanto se divulgue la noticia de la «vuelta a la vida» de un pueblo prehistórico, el lugar se convertirá en un centro de turismo a escala mundial.

— Esto ocurrirá… «Si nos quedamos en la Tierra», señor Macdonald —contestó la mujer con sencillez.

Phil casi dio un salto, y Norman, que estaba escuchando, también.

— ¿Qué…? —exclamó el primero—. ¿Ha planeado acaso marcharse a otro planeta?

— A mi tribu y a mí nos gusta vivir con tranquilidad y a nuestro modo. No nos seduce convertirnos en atracción turística.

— Supongo que se está burlando de nosotros.

— Podrían suponerlo… si no hubiesen visto la nave espacial que tengo en la cueva grande.

— ¿Piensa realmente marcharse con aquel platillo volante, Yakoma? ¿Y llevarse a su gente con usted?

— Tan pronto como esté reparada. Me disponía a hacerlo cuando nos sorprendió la glaciación, y el trabajo quedó suspendido. Ahora las cosas han cambiado.

— Nos lleva usted de sorpresa en sorpresa, Yakoma. Y si verdaderamente es usted capaz de reparar una nave espacial…

Phil se interrumpió.

— Siga, por favor, señor Macdonald —le apremió la mujer—. Si soy capaz de reparar una nave espacial…

El doctor en Ciencias Naturales gritó, soltando por fin lo que llevaba en su imaginación desde el primer momento en que había visto a Yakoma:

—«¡Si puede hacer esto… es porque no es usted una habitante de la Tierra, Yakoma! ¡Usted no es de nuestra especie! ¡Es una extraterrestre!

Todo lo que consiguió que le contestase ella, en tono

ligeramente burlón, fue:

— ¿Cómo lo ha adivinado, señor Macdonald?

* * *

Sonó a continuación la voz de Norman Trent:

— ¡Esto es una locura, Phil! ¡Tu imaginación de científico va demasiado lejos!

— ¿Y el platillo volante, Norman? ¿Acaso no es una realidad? ¿Es que no lo hemos visto?

— Pero de esto a que Yakoma sea habitante de otro planeta… ¿y esos hombres prehistóricos, Phil? ¿Y su lenguaje primitivo? Tú mismo los has definido como pertenecientes a la raza Cro-Magnon. ¿Resultará ahora que también son habitantes de otro planeta?

— Yo he hablado sólo de Yakoma, Norman.

— La reconocen como a su Reina, ¿no? Está claro que ha estado hibernada con ellos, debajo de los hielos de lo que fue este glaciar.

— Estoy por decirte que no sé qué ha quedado claro, amigo mío —gruñó Phil—. Yo veo las cosas cada vez más complicadas.

Habían llegado al sector de las cuevas y se encontraban delante de la que Norman y Phil habían abandonado poco antes para llevar a cabo su fallido intento de fuga.

Yakoma se detuvo y señaló al interior.

— Aquí dentro podrán discutir mejor, señores —les dijo—. Podrán comunicármelo cuando hayan decidido mi «condición planetaria». Un concepto semejante al de «nacionalidad», pero mucho más amplio, ¿no?

Norman Trent fue a lo práctico.

— Mire, Yakoma; me importa un rábano saber quién es usted o de dónde procede. Pero me gustaría saber qué piensa hacer con nosotros y hasta cuándo nos va a retener aquí.

— No hay peligro alguno en informarles —contestó ella—. El motivo de retenerles es muy sencillo. Pienso reparar la nave espacial y marcharme con mi gente. Si les suelto ahora, harán correr la noticia, y mis trabajos serán estorbados e impedidos.

— ¿De modo que es eso? —Murmuró Phil—. ¿De verdad planea el viaje fuera de la Tierra? Entonces…

Pero Yakoma le interrumpió.

— Entonces, señor Macdonald, cuando nos marchemos, les devolveré el helicóptero y podrán llevar la noticia adonde quieran. Ya no nos encontrarán, y les tomarán por chiflados o algo por el estilo. Por eso les retengo aquí, señores.

— Lo único que le pido es que se dé un poco de prisa en reparar esa astronave, Yakoma —dijo Norman—. No es desprecio, pero su hospitalidad no nos resulta excesivamente grata.

La mujer sonrió.

— Comprendo que no es la «suite» de un hotel de primera, pero es cuanto les puedo ofrecer, dadas las circunstancias. Recibirán pieles y comida mientras estén aquí. Les deseo muy buenas noches, señores.

Y se puso en marcha, siempre escoltada por sus prehistóricos súbditos.

Los dos amigos entraron en la cueva y se sentaron en el suelo de la misma.

— ¿Has conocido en tu vida algo más desconcertante, Norman? —preguntó Phil.

— Sabes que me he visto enredado en muchas aventuras, pero admito que en ninguna como ésta —contestó el cazador—. Sin embargo, mi idea es que esa mujer nos ha estado tomando el pelo.

— ¿En qué sentido, Norman?

— ¡Es tan terrícola como tú y yo, muchacho! Cierto que está el platillo volante de por medio, pero ni siquiera tenemos la seguridad de que sea legítimo.

— ¿Piensas que pudo haberlo construido ella, con ayuda de esos hombres?

— No lo sé, Phil. Pero me cuesta trabajo aceptar que el platillo haya estado ahí, metido en esa cueva, pudriéndose durante cien mil años.

— Kotto habló de un «pájaro», que habían capturado «antes» que el nuestro, recuérdalo.

— Y Yakoma dijo que se había cerciorado de que no éramos enemigos suyos. ¿Qué tontería es ésa, Phil? Si tuvo enemigos cien mil años atrás, ¿dónde estarán ahora? ¡Yakoma es inteligente y sabe que nadie vive tanto tiempo! El que llega a centenario tiene ya mucha suerte…

— ¿Qué deduces de todo ello, Norman?

— Lo que te he dicho antes: que somos objeto de una burla.
— ¿No crees que Yakoma haya estado aquí tanto tiempo?
— Si ha estado…, ¿cómo aprendió la lengua inglesa?
— Su gente cree en ella —insistió Phil.
— ¡Hum! —hizo Norman, por toda réplica.
En aquel momento apareció Kotto en la entrada de la cueva, acompañado por otro nativo que iba cargado con pieles.
Los dos amigos interrumpieron la conversación.
— Por lo menos, hemos de admitir que Yakoma cumple su palabra —dijo Norman, señalando a los recién llegados—. No nos dejará morir de frío.
Kotto señaló el suelo de la cueva.
— Deja las pieles aquí —ordenó a su acompañante, empleando el lenguaje primitivo de la tribu.
El otro obedeció.
— Os las envía la Reina —añadió Kotto, dirigiéndose ahora a los dos amigos.
— Dile que le estamos profundamente agradecidos —contestó el cazador.
— Cuando salga el astro, os traeremos comida.
— Supongo que el menú no será muy variado, pero siempre es mejor que pasar hambre —gruñó Norman—. Ahora lo mejor que podemos hacer es echarnos a dormir, ¿no te parece, Phil?
— No estoy demasiado seguro de conseguirlo.
Vieron que Kotto señalaba al exterior y daba una nueva orden a su acompañante.
— Márchate.
El otro obedeció en silencio. Phil y Norman le vieron desaparecer con cierto apresuramiento, acuciado sin duda por el frío del exterior.
Pensaron que Kotto se marcharía a continuación, pero no fue así.
El jefe de los guerreros de la tribu prehistórica se sentó de pronto sobre las pieles que había dejado su compañero.
— ¿Compartes acaso esta cueva con nosotros? —le preguntó Phil, algo sorprendido, en lenguaje primitivo.
— No. Kotto habita en otra.
— Entonces… ¿quieres charlar con nosotros?

— Sí. Kotto quiere haceros una proposición.

— ¿Una proposición? ¿Por encargo de la Reina?

— No Kotto habla por cuenta propia.

—¿Eh…?

Phil no supo por qué, pero de pronto intuyó que algo extraordinario iba a salir de las palabras de aquel hombre prehistórico.

Norman Trent se había interesado también por la inesperada situación.

— Habla, Kotto. Te escuchamos —le animó.

— Kotto os ofrece devolveros las lanzas de fuego a los dos.

El cazador se animó más.

— ¿Los rifles? ¿Has pensado en devolvernos los rifles, Kotto?

— Sí.

— Pero… ¿está enterada la reina de este proyecto tuyo, Kotto? —preguntó Phil, frunciendo el ceño.

— La Reina no sabe nada. La idea es sólo de Kotto.

— Entonces es peligroso… —empezó a decir Phil.

Pero su amigo le interrumpió, dándole un codazo.

— ¿Qué nos importa que Yakoma lo sepa o no? —le dijo, en inglés—. ¡Deja que este tipo nos devuelva las armas…, y te aseguro que esta vez no habrá nadie que nos las arrebate!

— ¿Estás ya pensando en recuperar el helicóptero?

— Acertaste, amigo —contestó Norman, cada vez más animado —. Te ganarías un premio en un concurso de la televisión.

— Sigo considerando esto peligroso, Norman —replicó Phil—. No sabemos qué intenciones tiene Kotto al ofrecernos las armas.

Se volvió hacia el hombre primitivo y le preguntó en su lengua:

— ¿Por qué nos ofreces las lanzas de fuego?

— Necesito ayuda.

— Ayuda… ¿para qué?

— Para dominar a Yakoma —manifestó escuetamente el hombre prehistórico.

Norman Trent lanzó un silbido.

— ¡Diablos! —Exclamó a continuación—. ¡Kotto quiere destronar a la Reina! ¡Una auténtica revolución de palacio!

— Ya nosotros no nos interesan las revoluciones de palacio, Norman —replicó Phil, muy serio—. Nada vamos a ganar con ellas.

Muéstrate sensato, y rechacemos esta proposición.

— Nos quedaremos sin rifles, y las armas nos servirán para recuperar el helicóptero, Phil. ¿No estábamos de acuerdo en esto?

— No; no lo estábamos. Porque no nos hace falta luchar por el helicóptero. Yakoma nos lo devolverá. Lo ha prometido.

Kotto parecía estar escudriñándoles en la oscuridad del interior de la cueva, en espera de su decisión. De repente dijo:

— Yakoma no cumplirá su promesa. El helicóptero no os será devuelto jamás.

Phil Macdonald soltó un grito.

— ¡Norman! ¿Has oído? ¿Te has dado cuenta?

—¿De qué?

— «¡Tú me has hablado a mí en inglés y Kotto ha contestado a tus palabras! ¡Lo ha entendido todo!»

Capítulo V

Se volvieron los dos hacia Kotto, con los ojos muy abiertos, como si se encontrasen ante una aparición.

— ¡Kotto! ¿Qué significa esto? —gritó Phil.

Se abstuvo ya de emplear el lenguaje primitivo. Kotto, por su parte, se expresó en inglés al contestar:

— Significa… que a veces se cometen errores, y yo he cometido uno. Aunque creo que, después de todo, hubierais acabado sabiendo la verdad.

— ¿Cuál es la verdad, Kotto? ¡Habla! Es inútil ya que sigas fingiendo ahora —dijo Phil.

— La verdad… es larga y complicada. Además, es un problema «nuestro». Yo sólo pido colaboración, a cambio de la libertad.

— No podemos colaborar a ciegas. Necesitamos estar seguros de que nuestra ayuda se presta a algo justo y noble.

— Mi causa es justa y noble —contestó Kotto.

— Pero… no eres ningún hombre primitivo, ¿verdad?

— No, pero necesitaba aparentarlo delante de Yakoma. Ella cree otra cosa. La comedia no se realizaba para vosotros.

— ¿Quién eres en realidad, Kotto? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Phil, ansiosamente.

— Vine en una nave espacial. En lo que vosotros llamáis un platillo volante.

— Entonces… «¡No eres terrestre!»

— Nací en un planeta muy distante de aquí, en otra constelación. ¿Os importa el nombre del planeta? Nosotros le llamamos «Azul», porque también tiene agua y atmósfera, como vuestra Tierra.

— El nombre es lo de menos —dijo Phil—. Háblame de Yakoma. Supongo que ella también es…

— Aciertas. Yakoma es también de nuestro planeta «Azul». Por tanto, para vosotros es una extraterrestre, lo mismo que yo.

— ¡Segundo premio, Phil! —gritó Norman Trent—. ¡A este paso vas a llegar muy pronto al millón!

— ¡Calla, Norman! ¿No te das cuenta de que esto es muy serio?

— Uno acaba acostumbrándose a todo, hasta a la lluvia de sorpresas. Es algo así como un millonario que acierta a la lotería. No le da importancia.

— Eres incorregible, muchacho —gruñó el doctor en Ciencias Naturales. Y volvió a interrogar a Kotto—: ¿Y esos hombres primitivos… esos guerreros…?

— Son habitantes de nuestro planeta también. Como Yakoma y como yo mismo —contestó Kotto.

Phil Macdonald hizo una mueca de desilusión, que no fue notada en la oscuridad de la cueva.

— ¿Y os sorprendió la glaciación… en un viaje que hicisteis aquí hace cien mil años?

— Hace menos —contestó Kotto—. Muchísimo menos. Sólo lo que en vuestra forma de contar el tiempo llamáis una semana.

— ¿Qué…?

— ¡Lo siento, Phil! —Dijo Norman—. Pero esto te hace perder todos los puntos que habías ganado hasta ahora.

— ¡No puede ser! ¡Kotto está en un error! Hace una semana, este valle estaba tan lleno de hielo como en el momento de llegar nosotros, antes de hacer estallar la bomba deshibernadora.

— Hace una semana, nosotros estábamos lejos y no sabíamos lo que pasaba aquí, Phil.

— No importa. Había un glaciar como ahora. No podía ser de otro modo. Tanto hielo no se acumula en unos pocos días.

— Yo me atengo a lo que dice Kotto. ¿No le hemos pedido que cuente la historia?

— Esto no impide que Kotto sufra un error. Posiblemente, el estado de hibernación le ha hecho calcular mal el tiempo. No insisto en que forzosamente hayan tenido que pasar cien mil años, pero…

Pero Kotto le interrumpió.

— Mi cálculo del tiempo es bueno. Nunca hemos estado hibernados. Nadie, ni Yakoma, ni los hombres de la tribu ni yo.

Norman Trent casi soltó una carcajada. Había optado por

tomarse la situación por su lado cómico, en un esfuerzo por mantener el control de sus nervios.

—¡Tu puntuación sigue bajando, Phil!— dijo—. ¡A este paso te vas a quedar en cero!

Phil Macdonald no se dio por vencido.

— ¿Tampoco estaba hibernado el tigre de las cavernas al que dio muerte Norman, que ahora se ríe de todo? —preguntó—. ¿Vas a decirme que sufrimos una alucinación o un espejismo?

— No. El tigre estaba allí y era auténtico. Un tigre terrestre de una época remota. Nos dio un susto a todos. El animal, posiblemente, estuvo hibernado durante miles de años y despertó cuando se fundieron súbitamente los hielos.

— Ahora, acabas de subir un punto —dijo Norman, en tono protector—. Con la vuelta a la vida del tigre, tu teoría de la deshibernación ha quedado demostrada.

El joven científico volvió al ataque.

— ¿Y vosotros no estabais también debajo del hielo, lo mismo que el tigre? —preguntó a Kotto.

— Estábamos en las cuevas, bloqueados. El hielo era demasiado duro para resbalar al interior. Un hielo de siglos, sin duda alguna.

Phil parecía estar a punto de estallar.

— ¿Querrás explicarme de una vez cómo os metisteis a través de esa capa de hielo tan enorme? ¿Cómo entrasteis en las cuevas si sus accesos estaban bloqueados tan sólidamente?

— Sí, yo creo que esto realmente necesita ser aclarado —corroboró Norman, serio esta vez—. Estoy de acuerdo contigo, Phil.

— Es una explicación muy sencilla —dijo Kotto—. Todo parece indicar que, en tiempos muy remotos, posiblemente antes de que todo esto se cubriera de hielo, aquí había un volcán.

— Es muy posible —murmuró Phil—. Estamos en una zona que no ha sido estudiada a fondo geológicamente.

— El cráter principal está en la cumbre de esta montaña —prosiguió Kotto—. Pero cubierto de hielo también. Su existencia no se puede apreciar.

— ¿Y bien…?

— Fue una coincidencia que decidiéramos aterrizar encima mismo. Todo era blanco, lo mismo daba un lugar que otro…, pero elegimos el peor sin darnos cuenta.

— ¿Y os hundisteis?

— Exactamente. El peso de la astronave y los chorros de freno que disparamos contra el supuesto suelo rompieron la capa de hielo y nos vimos precipitados por el cráter. Eso provocó una avería al llegar al fondo. Nuestras naves están calculadas para actuar en espacios abiertos, no para esta clase de choques. Sólo pudimos aprovechar su última energía para instalarlo en una chimenea lateral, que es donde está ahora. Pero esa chimenea no tenía salida entonces, pues el hielo que derritieron ustedes más tarde la taponaba.

— Entonces, todas estas cuevas…

— Son otras tantas chimeneas laterales, de menor tamaño. Por el fondo existen pasos de comunicación. Así quedamos encerrados.

— ¿No podíais remontaros chimenea arriba, agarrados a las rocas? Si el hielo que tapaba la cumbre del cráter quedó roto…

— La cumbre del cráter fue bombardeada por una astronave que nos perseguía —manifestó Kotto—. El paso quedó tapado… y sin la chimenea lateral, en la que pudimos colocar nuestra nave, hubiéramos quedado aplastados todos.

Phil reflexionó durante unos momentos.

— Lo que me acabas de contar aclara algunas cosas, Kotto —dijo después—. Por ejemplo, el temor de Yakoma, y el tuyo propio, de que nosotros fuéramos enemigos… a pesar de que viajábamos en un modesto helicóptero en vez de una astronave.

— Vimos que erais terrícolas. Pero no por eso podías dejar de ser enemigos ante unos seres de otro planeta, cuyas intenciones desconocíais. Vuestro primer instinto podía ser atacar.

— ¿Y ahora sabéis que no?

— Fuisteis sometidos a un interrogatorio mental mientras estabais desvanecidos, cuando recibisteis los golpes en la cabeza. Se supo a qué habías venido y cuáles eran vuestras intenciones.

— Las cosas se van aclarando —dijo Phil—. Ahora comprendo por qué estuvimos desvanecidos tantas horas. Nos agobió la fatiga mental.

Norman Trent hizo una mueca que pasó inadvertida para los otros dos, en la oscuridad de la cueva.

— Pues hay algo que no comprendo —manifestó—. ¿Cómo diablos metisteis al tigre debajo de la roca oscilante que, al ser

lanzada, estuvo a punto de matarlo?

— No lo atrajimos nosotros allí —dijo Kotto—. El tigre fue visto cuando, inmediatamente después del deshielo y al terminar la rápida riada, salimos apresuradamente de las cuevas para ver qué había pasado. El animal, que había despertado de un sueño milenario, nos vio y se enfureció.

— Sin embargo, uno de los vuestros estaba arriba. Fue él quien hizo caer la roca. ¿Cómo pudo subir con tanta rapidez?

— Por el interior. Buscábamos una salida. El hombre siguió túneles menores y se vio en aquella fisura de las rocas al producirse el deshielo. Miró fuera, vio el tigre… y la roca oscilante, que acabó de hacer caer.

— Una pena, Phil —contestó Norman—. Cuando nos habíamos hecho la ilusión de que se trataba de una cacería iniciada hace tantos miles de años y que quedó bruscamente interrumpida…

— Sigue quedándonos el tigre, como triunfo de esta expedición, amigo mío —contestó el científico—. Y… te digo la verdad. Me alegro sinceramente que la tribu no sea terrícola. Que no se trate de hombres de Cro-Magnon. Yo nunca había pensado en ello. Resultaba un poco horrible, ¿no?

— Estoy de acuerdo contigo —convino el cazador—. Bien, que animales hayan pasado cien mil años hibernados. Pero hombres…

— Entonces, esa nave no fue capturada. Sus tripulantes erais vosotros. No nos dijisteis la verdad —repuso Phil, volviendo al tema principal.

— Yakoma decidió que se obrase así. Es la Reina y hemos de obedecer.

— Pero tú has venido aquí para pedirnos ayuda contra ella. ¿No es un contrasentido?

— Lo parece.

— Repito lo de la revolución de palacio —dijo Norman—. ¿Te has rebelado contra ella y quieres que te secundemos?

— Esto no importa. A vosotros lo que os interesa saber de verdad es que sólo ayudándome a mí tenéis posibilidad de recuperar vuestro helicóptero y, con él, la libertad.

— ¿Quién nos garantiza que no nos estás engañando? ¿Qué seguridades nos ofreces?

La respuesta no salió de los labios de Kotto, sino que procedió de

más lejos, de la entrada de la cueva:

— ¡Ninguna! ¡Kotto no puede ofreceros ninguna seguridad… porque lo mismo que ha faltado a la obediencia a su Reina faltará a la palabra que os ha dado de ofreceros la libertad!

La voz femenina era inconfundible.

Los tres hombres no necesitaron volverse para saber que quien acababa de hablar desde la entrada de la cueva era Yakoma.

* * *

La mujer habló de nuevo:

— Pero tu intento de traición va a terminar ahora mismo, Kotto —dijo. Hablaba en inglés, sin duda para que Phil y Norman la entendieran bien—. Los guerreros te apresarán.

— ¿Con las lanzas y las hachas de piedra? —preguntó Kotto en tono burlón.

— Son muchos más que tú… y que los terrícolas, si tratan de secundarte. Es un aviso para que ninguno haga tonterías. Vosotros estáis desarmados.

Kotto replicó con el mismo tono de burla de antes:

— Aquí es donde te equivocas, Yakoma. No estamos desarmados. Tenemos armas, y buenas. Con una de ellas fue abatido el tigre de las cavernas… y era mucho más feroz que todos los guerreros juntos.

— ¿Qué…? ¿Quieres decir…?

Kotto buscó algo entre las pieles que había traído poco antes, en compañía de un indígena, y sacó de debajo de ellas un rifle pesado.

— No sé desde cuándo me estás escuchando, Yakoma —dijo—. Pero he venido a ofrecer los rifles a los terrícolas… y los he traído conmigo, por si aceptaban el ofrecimiento. Mira.

— ¡Tienes los rifles…!

— He podido apoderarme de ellos pese a la vigilancia de los guerreros. ¡Y ya no voy a necesitar la colaboración de los terrícolas! ¡Considérate mi prisionera, Yakoma!

Phil y Norman eran espectadores silenciosos de la discusión, sin considerarse con derecho a intervenir. En cualquier caso, no hubieran sabido qué partido tomar, porque ignoraban de qué bando estaba la razón.

Yakoma se apartó de pronto a un lado. Fue sólo su voz lo que penetró ahora en la cueva:

— ¡Obedeced a vuestra Reina! ¡Detened al traidor!

Las palabras, ahora en lenguaje primitivo, iban dirigidas a los guerreros, que estaban en el exterior, esperando órdenes.

Se oyó un murmullo de voces.

Dentro, Kotto comprobó con el tacto más que con la vista que el rifle estaba cargado y lo colocó en posición de disparo.

— ¿Vas… a disparar contra ellos? —no pudo abstenerse de preguntar Phil, con voz disgustada.

— Quieren apresarme. Tengo derecho a la defensa, ¿no?

— Ellos sólo quieren capturarte. Tú les vas a dar muerte.

— ¿Quién ha dicho tal cosa? ¡A mí sólo me interesa Yakoma!

Las siluetas de varios hombres primitivos, que avanzaban en tropel, aparecieron en la boca de la cueva.

Brilló un gran relámpago, seguido del trueno del disparo.

— ¡Atrás! —gritó Kotto, en lenguaje primitivo.

La orden no fue necesaria. El pánico que se apoderó de aquellos seres fue indescriptible y emprendieron todos la fuga rápidamente con un griterío casi tan ensordecedor como el estampido del disparo.

— Una batalla rápida… y sin víctimas —dijo Kotto con burla, cuando fue posible oír algo.

Hizo pasar otro proyectil a la recámara del arma.

— ¿No has matado a ninguno? —preguntó Phil, dubitativo.

— ¿Podéis distinguir algún cuerpo delante de la cueva? Ha bastado que disparase al aire. El miedo ha hecho lo demás.

Mientras hablaba, Kotto se había puesto de pie con rapidez y estaba corriendo ya hacia la salida.

Norman y Phil se levantaron también instintivamente.

— ¡Vamos, muchacho! —Dijo el cazador—. Veremos en qué acaba todo esto. La cosa parece ponerse al rojo vivo.

— Pero nosotros no tenemos derecho a intervenir, Norman.

— Depende de cómo lo consideres y de lo que ocurra. Nuestra libertad sigue estando en juego.

Fuera, al lado mismo de la entrada de la cueva, vieron a Kotto, que estaba encañonando a Yakoma con el rifle.

— Estás en mi poder, Yakoma —le decía en aquel momento—.

Te he sorprendido. No has contado con la presencia de los rifles. Ríndete, o no vacilaré en disparar. No lo he hecho con ellos, pero me costará muy poco hacerlo contigo.

— Un cobarde y un traidor es capaz de cualquier cosa — contestó ella con altivez.

— No me importan tus palabras. Ríndete. Entrega el arma que llevas escondida debajo de la piel. Mejor dicho, levanta los brazos para que yo pueda apoderarme de ella.

Yakoma vio a los dos terrestres detrás de Kotto.

— ¿Y ustedes… van a dejar que lo haga? —les dijo—. ¿No hay caballerosidad en este planeta? ¿No ayuda aquí nadie a una mujer en apuros?

— Los terrícolas son mis aliados —dijo Kotto.

— Que yo sepa, no hemos llegado a un acuerdo —le replicó Norman.

— Sería un error que se pusieran contra mí.

— Parece que se han cometido muchos errores desde que unos y otros estamos en este valle, amigo —contestó Norman—. No sé si el mío de ahora va a ser el mayor de todos, pero…

— ¿Qué…? —pudo decir Kotto nada más, mientras empezaba a volverse.

No pudo continuar, porque algo le golpeó en la parte posterior de la cabeza.

— ¿Qué haces, Norman? —Gritó al mismo tiempo Phil—. ¡Esto es una locura! ¡No sabemos…!

— ¡Digamos que ha sido una corazonada! ¡Un acto de romanticismo! O una demostración de que en la Tierra somos caballeros. El honor del planeta estaba en juego, ¿no?

— Pero… ese rifle…

— Kotto dijo que había traído los dos. Busqué con rapidez debajo de las pieles… y he querido comprobar si la cabeza de los habitantes del lejano planeta «Azul» era tan dura como la de los de la cercana Tierra. El resultado ha sido satisfactorio.

Señaló a Kotto, tendido en el suelo sin sentido, y a quien el rifle se le había escapado ahora de las manos.

— Pero no sabemos si Yakoma… —empezó a decir Phil.

La mujer cortó sus palabras. Habló ahora con tono tranquilizado:

— Yakoma ha de darles las gracias. Nos han salvado por

segunda vez. A mí y a los hombres que me llaman su Reina. Primero, por fundir el hielo que nos bloqueaba, y ahora devolviéndome a mí la libertad.

— ¿Cree que nos hemos ganado la nuestra? —preguntó Norman, que siempre buscaba el lado práctico de las cosas.

— Seguro que sí.

— Entonces… ¿podemos ir ya en busca de nuestro helicóptero?

— Les ruego que esperen un poco más. Recuerden que tengo la astronave ligeramente averiada y que su ayuda me será muy útil para la reparación.

— ¡Hum! —Hizo el cazador—. Supongo que no importará permanecer un poco más en esta cueva. Y… puesto que hemos sido caballeros, demostremos que lo sabemos ser hasta el fin.

— ¿Podemos recuperar los rifles?

— No hay inconveniente. Se los reclamé porque, de momento, desconfiaba de ustedes. Ahora es diferente. Sé que no son enemigos, y de todos modos se los hubiera devuelto.

Phil tomó el que había abandonado Kotto al caer desvanecido. Yakoma se había empezado a alejar, para llamar a los indígenas fugitivos, y el cazador lo aprovechó para decir a su amigo, en voz baja:

— Estar en posesión de las armas siempre es una garantía, ¿no te parece?

— No estoy demasiado seguro —contestó Phil—. Me gustaría comprobar que lo que has hecho no ha sido una tontería.

— ¿Desconfías de Yakoma?

— Desconfío de la situación en sí. Seguimos sin saber a qué atenernos respecto a sus rivalidades. Y no olvidemos que nos han hecho creer algunas mentiras, tanto Yakoma como el propio Kotto.

— Con los rifles en nuestro poder, tengo menos preocupaciones. Recuperaremos el helicóptero tan pronto como nos lo propongamos.

— ¿Estás seguro, Norman? Kotto ha hablado de un arma que Yakoma lleva escondida, y a la que indudablemente temía mucho.

Yakoma estaba lejos aún, llamando y reagrupando a los hombres primitivos, que se habían dispersado.

— ¿Qué quieres decir con esto, Phil?

— Que no me fío de nada ni de nadie. Kotto vino a buscar nuestra ayuda, para tenderle una trampa a Yakoma y poder

capturarla. Esto nos lo dijo muy claramente. Pero se resistió a explicarnos los motivos.

— Es cierto.

— Después, al ver que Yakoma actuaba confiada, ignorando la existencia de los rifles en la cueva, se lanzó rápidamente, para impedirle el empleo de esa misteriosa arma.

— Todo esto lo he visto, lo mismo que tú, Phil.

— ¿Quién nos dice que, de haber vencido Kotto a Yakoma, no hubiese incumplido después su promesa y se hubiera desentendido de nosotros?

— Entonces, he hecho bien ayudando a Yakoma, ¿no?

— Yakoma nos dijo antes que nos retenía hasta que se marcharan en la astronave. Ahora acaba de decirnos que quiere que la ayudemos en la reparación de una avería.

— Pueden ser las dos cosas a la vez. Pero… es mejor que dejemos eso. Se está acercando de nuevo.

La mujer llegó, seguida por los indígenas, que ahora ya no manifestaban miedo. Señaló el cuerpo de Kotto y les ordenó:

— Lleváoslo.

— ¿Podemos preguntar qué piensa hacer con él, Yakoma? — inquirió Phil.

— Es mi prisionero. Supongo que ustedes, aunque han sido quienes le han derribado, no lo reclamarán.

— Sinceramente, sólo nos serviría de estorbo. Pero no me ha dicho qué piensa hacer.

— Lo encerraré en la astronave, hasta el momento de emprender el regreso a nuestro planeta. ¿Quieren venir ustedes conmigo?

— ¿A… su planeta «Azul»? —preguntó Norman.

Yakoma no pudo evitar una sonrisa.

— Sólo a la astronave. De todos modos, si me ayudan a la reparación, tendrán que entrar en ella.

— Bueno, no deja de ser una oportunidad. Nunca hemos visto una astronave… y posiblemente no se nos presentará una nueva ocasión.

— No verán en ella nada extraordinario. Sus departamentos se pueden comparar, pongamos por caso, a los de los grandes yates de lujo que tienen ustedes aquí en la Tierra.

— Casi me decepciona —dijo Norman—. Yo me esperaba algo

especial. Aparatos que a nosotros nos parecerían extraordinarios…

— Hay algo parecido a su cine… aunque más perfeccionado, lo mismo que la televisión en color y tridimensional. Pero sólo la utilizamos cuando estamos más cerca de nuestra galaxia. Las ondas llegan mal hasta aquí y con gran retraso.

— Lo comprendo.

— Disponemos también de circuitos interiores radiofónicos y de videotape. Una filmoteca… aunque los libros están en nuestro idioma. En fin, lo corriente.

— ¿Con qué fuerza funciona? —quiso saber Phil.

— Con una energía especial, desconocida por ustedes, que le puede dar una velocidad que les parecería inverosímil. Centenares y hasta millares de veces superior a la de la luz.

Se habían acercado a la cueva grande. Los nativos les precedían, dos de ellos transportaban el cuerpo de Kotto.

— Yo pasaré delante y encenderé luces —manifestó Yakoma.

— ¿Hay fluido? —preguntó Phil.

— Procede de la misma energía de la astronave. Es prácticamente inagotable.

Se adelantó y, pocos minutos después, se encendieron unos brillantes focos, que iluminaron todo el interior de la cueva.

Yakoma estaba de pie, en lo alto de una escalerilla que había brotado en un punto de la circunferencia del platillo, donde se veía ahora abierta una compuerta de acceso.

— Suban, por favor —les invitó.

Phil y Norman tuvieron un momento de vacilación, pero por fin se decidieron.

— Estamos metidos en ello… lleguemos hasta el final —dijo el cazador.

Y fue el primero en trepar por la escalerilla. Phil le imitó; se detuvieron los dos en la entrada de un pequeño pasillo, que conducía hacia el interior de la nave.

Desde la compuerta, Yakoma ordenó a los nativos:

— Subid a Kotto.

Los que lo transportaban empezaron a hacerlo, no sin dificultad a causa del peso del desvanecido individuo.

— Encerradle en la cámara de prisioneros —les dijo la mujer, cuando estuvieron en el interior del platillo.

Los nativos avanzaron con su carga por el estrecho pasillo.

— Bien —dijo Norman—, supongo que ahora nos hará usted los honores de la casa, Yakoma.

— Esperen sólo un momento; se lo ruego.

Se asomó al exterior y llamó a los demás:

— Vosotros, subid también a bordo. ¡Todos!

Ahora Norman frunció el ceño.

— ¿Por qué todos, Yakoma? —quiso saber.

No había abandonado el rifle un solo momento y lo estaba empezando ya a acariciar discretamente.

Vio que ahora los ojos de la mujer brillaban de un modo extraño.

— Porque vamos a ponernos en marcha —le contestó ella—. He decidido abandonar la Tierra inmediatamente.

— Pero… ¿y nosotros?

— «Vendrán conmigo… con nosotros. ¿No les entusiasma la idea de realizar un viaje a través del espacio?»

— ¡Yakoma! —Gritó Norman—. ¿Qué clase de engaño es éste?

Trató de levantar el rifle, pero en aquel momento vio lo que la mujer estaba empuñando ya.

Algo que podía parecer una pistola pulverizadora, pero de tamaño muy pequeño.

— ¡Quieto, señor Trent! —dijo Yakoma—. Me he dejado sorprender por Kotto…, pero esto me ocurre sólo muy de tarde en tarde.

El cazador se quedó como petrificado, mirando el pequeño aparato.

Yakoma prosiguió:

— Les aconsejo que no se dejen engañar por el tamaño. «¡Un solo rayo de los que dispara esta pistola los desintegraría en menos de una décima de segundo!

Capítulo VI

Norman comprendió que habían sido derrotados, en una lucha que ni siquiera había llegado a empezar. Bajó la cabeza, abatido.

— Tuviste razón, Phil —murmuró.

— Temo que no me ha servido de nada tenerla —contestó su amigo. Miró a Yakoma y le preguntó—: ¿Va a decirnos qué piensa hacer con nosotros?

— De momento, y mientras estén en la nave, tendrán que devolverme sus armas, señores.

Su tono volvía a ser amable, pero la pistola desintegradora les seguía cubriendo a los dos.

Phil apoyó el rifle en la pared del pasillo, delante suyo, dejándolo al alcance de la mano de Yakoma.

Luego, dio un paso atrás.

— Hay que saber perder, Norman —dijo—. Deja el rifle también. Espero que no intentes una resistencia inútil.

El cazador apoyó a su vez el rifle en la pared, al lado del que había dejado su amigo, y gruñó:

— Es el acto más humillante que he realizado en mi vida. Preferiría tener delante una docena de tigres de dientes de sable…, pero pudiendo empuñar el rifle contra ellos.

— Si continúa deshibernando glaciares, es posible que algún día los tenga; no se desanime —declaró Yakoma.

— ¿Hay glaciares en su planeta?

— Algunos. Se los indicaré cuando lleguemos allí.

Norman se había incorporado de nuevo, después de dejar el rifle al alcance de la mano de la mujer. La miró con desprecio, y dijo:

— Antes habló usted de la caballerosidad de los hombres de la Tierra. ¿Acaso se conoce esta virtud en su lejano planeta «Azul»?

Ella sostuvo la mirada sonriendo.

— Necesitaba que alguien me librase de la amenaza de Kotto, ya que yo no podía hacer nada por mí misma. Dejarme capturar hubiera podido significar la muerte para mí. A nadie le gusta morir.

— Inclúyanos a nosotros, Yakoma. ¿O es que, como vulgares terrestres, no contamos para usted?

— Por lo que a mí respecta, sólo morirán si me desobedecen. Es cuanto les puedo decir. Ahora sigan por este pasillo. Iremos a la sala de mandos.

Norman y Phil no podían hacer otra cosa más que obedecer.

Se pusieron en marcha. A lo largo del pasillo encontraron diversas escalerillas que subían a los distintos departamentos de la astronave. Yakoma, detrás de ellos, se limitaba a indicarles.

— No es por aquí. Sigan.

Hasta que por fin dijo:

— Ahora. Ésta es la escalerilla. Suban hasta el final.

Se encontraron en una especie de sala circular, desnuda, de la que partían también diversas escaleras. Los dos amigos comprendieron que estaban en el centro mismo del platillo volante.

— Y bien… —dijo Norman—. ¿Es aquí?

— No, pero desde aquí cerraré la compuerta —contestó la mujer —. No me gustaría que se escapara ninguno de mis súbditos.

Se acercó a la pared y los dos amigos se dieron cuenta de que allí había unos pequeños pulsadores, uno de los cuales oprimió la mujer.

Entonces, ocurrió algo. En lo que parecía pared desnuda, apareció un recuadro iluminado, a modo de pantalla, y en el mismo surgió la imagen de la gran entrada de la cueva, iluminada por los potentes focos de la astronave.

Más allá de la entrada, la luz se proyectaba en dirección al centro del valle.

No se veía ningún ser vivo.

Yakoma, siempre sonriente, y manteniendo el arma en una de sus manos, se volvió hacia los dos amigos.

— Todos están a bordo —manifestó—. Ahora puedo cerrar con seguridad.

Oprimió de nuevo el botón, la pantalla se apagó y la pared de la sala quedó de nuevo como si allí no hubiese nada.

— Es uno de nuestros controles —explicó Yakoma—. Los hay en

diversos puntos de la nave, y desde ellos se puede ver en todo momento lo que ocurre en el exterior.

Apretó otro pulsador, y añadió:

— Ahora está todo cerrado. Podemos despegar en cuanto lo creamos conveniente.

— Supongo que será cuando lo crea usted, ¿no? Nosotros no contamos. De todos modos, gracias por hacernos los honores de la casa.

— Se los continuaré haciendo. No me tomo a mal el tono de burla de sus palabras. Ahora vamos a controlar que, efectivamente, todos los hombres están en sus puestos.

Y Yakoma apretó un nuevo botón, que encendió otra pantalla, situada en la pared opuesta a la que habían visto antes.

Ahora apareció una habitación de aspecto modesto, casi humilde, en la que había una veintena de camastros, en cada uno de los cuales estaba sentado, o tumbado, uno de los hombres primitivos que los dos amigos habían conocido tan bien en el curso de las breves horas que habían pasado en aquel valle polar.

Los hombres seguían con sus vestidos de pieles, pero se habían desprendido de las lanzas y las hachas de piedra, que se veían en el suelo, al pie de los camastros.

Yakoma hizo el recuento y manifestó:

— Definitivamente, están todos.

— ¿Temía que alguno se le escapara, Yakoma? —preguntó Norman.

— Nunca se está seguro de la fidelidad. Obedecen, mientras su mente se mantiene de verdad en estado primitivo. Pero puede haber alguno, como en el caso de Kotto, que sólo finja esta condición.

— Permita que le diga una cosa: es curioso, por no decir sorprendente, que en un planeta como el suyo, donde son capaces de crear maravillas de la técnica como la astronave en la que nos encontramos, haya al mismo tiempo seres de un estado tan primitivo de civilización, sólo comparable al más remoto de la Edad de Piedra de nuestra Tierra.

— Aquí también tienen ustedes razas en un estado muy primitivo, ¿no es cierto? Esta simultaneidad se da en muchos astros habitados.

— ¿Y usted, su Reina, no hace nada para elevarlos un poco?

— No puedo. Las leyes del territorio lo prohíben. Esos hombres están destinados a trabajos difíciles, que no pueden hacer las máquinas, y si se les instruyera se rebelarían contra las órdenes.

— Una forma de opresión, después de todo, ¿no?

— Ellos son felices así.

— Pero lo serían más si conocieran otro tipo de felicidad. ¿Por qué no emplean robots para los trabajos difíciles? ¿Acaso no los tienen?

— Sí —contestó Yakoma—. Los tenemos en abundancia. Los robots se emplean… para trabajos domésticos, pero el gobierno no quiere emplearlos en los peligrosos. Los robots son muy caros, señor Trent. Su mecanismo es complicadísimo y requiere mucho tiempo, en manos de especialistas muy expertos, para construirlos.

— Y los infelices hombres primitivos resultan muy baratos, ¿verdad?

— Yo no lo he dispuesto así. He de obedecer al gobierno, como todo el mundo en el planeta.

— ¿Y cómo es que ha sido nombrada su Reina, usted, una mujer tan inteligente, Yakoma? ¿Me lo puede decir?

— Yo les enseño a respetar y a obedecer. A veces he de castigarles también, claro. Luego, cuando hay demanda de mano de obra, selecciono a los que considero más aptos para el trabajo que se requiere.

— Y mientras…

— Les dejamos vivir en sus bosques y valles, cazando animales con sus armas primitivas. Los animales de nuestro planeta son muy semejantes a los de la Tierra. Todas estas pieles proceden de ellos. Aquí no ha habido tiempo para cazar.

— Y usted viste más o menos como ellos.

— Es… una especie de ritual. Digamos una tradición. Su Rey, o su Reina, ha de parecer un igual. No quiera hacer una comparación de mentalidades, señor Trent. Cada raza, en el universo, tiene las suyas.

— ¿En su planeta castigan al que roba, Yakoma?

— Naturalmente.

— ¿Y al que da muerte a un semejante?

— Claro que sí. ¿Por qué me pregunta esto tan elemental, señor Trent?

— Por una razón muy sencilla, Yakoma. ¡No hay diferencia de mentalidad! ¡Allí se castiga el delito, lo mismo que en la Tierra! —gritó Norman, que se estaba indignando—. ¡Pero nosotros, pese a que estamos menos adelantados técnicamente, hace muchísimos años que hemos abolido la esclavitud!

Pareció que Yakoma se tomaba las palabras de Norman con absoluta tranquilidad. Phil, en cambio, se estaba poniendo muy nervioso.

— Sosiégate, muchacho —aconsejó—. No empeores las cosas para nosotros. Ya lo están bastante.

— Tiene usted razón, señor Macdonald. Y… lamento que el señor Trent rechace la idea de lo que él llama esclavitud… ¡porque es un trabajo muy parecido a éste al que van a ser dedicados los dos, tan pronto como hayamos llegado a nuestro planeta!

— ¿Eh…? ¿De modo que era eso? —Replicó Norman—. ¿Podemos saber a qué tipo de trabajo nos destinan?

— Pues sí. De este modo se irán haciendo a la idea. Y creo que les gustará, después de todo.

— ¿En qué ha de consistir el trabajo?

— Digamos exploración. He podido comprobar que son ustedes muy buenos exploradores, ¿me equivoco?

— ¿Está sin explorar su planeta?

— Verán… allí existen zonas algo difíciles. Les facilitaremos aparatos de vuelo limitado, por el estilo del helicóptero con el que llegaron aquí. Así, impediremos que puedan escapar del planeta.

— ¿No tienen ustedes exploradores?

— No, para la zona a que serán destinados, señor Trent. Es un sector volcánico, muy peligroso, porque allí los volcanes estallan inesperadamente, en cadena, creando una verdadera barrera de fuego. Si alcanzan un aparato, queda carbonizado en pocos minutos.

— Maravillosa perspectiva —dijo Norman.

— Tampoco nos interesa enviar aparatos tripulados por robots. Ya he dicho que su pérdida resulta carísima, y tenemos que cuidarlos.

— Ya las personas no, claro.

Yakoma continuó, sin hacer caso de la interrupción:

— Tampoco podemos enviar a los hombres primitivos, porque

son demasiado torpes y no están en condiciones de facilitar los datos que se les piden. ¿Sabe ya ahora por qué me he visto obligada a hacerles subir a la astronave, señor Trent?

— También sé que no me podré fiar nunca más de su palabra, Yakoma.

— Yo tenía unas órdenes que cumplir. He empleado los medios que me han parecido más adecuados y más fáciles. Puedo asegurarles que no ha habido en ello nada personal. En realidad, les estoy agradecida por la ayuda que me han prestado. Sin ustedes, todavía estaría encerrada en la cueva, detrás de la infranqueable barrera de hielo.

— Creo que mientras viva lamentaré haberlo hecho —dijo Norman—. Por usted, no por esos infelices de los que se llama Reina.

— A ellos les tiene sin cuidado que les haya salvado o no. Ni siquiera saben que han hecho un viaje a un lejano planeta. Se han visto trasladados de lugar, pero nada más.

Hubo unos momentos de silencio. Phil y Norman quedaron profundamente pensativos, meditando cada uno, a su modo, sobre su situación.

De pronto, el cazador habló de nuevo:

— Yakoma… puesto que vamos a ser esclavos de su planeta, puesto que no tenemos posibilidad de escapar, ¿por qué no me dice qué ha venido a hacer a la Tierra con esta colección de infelices? Dado que ni siquiera saben que han ido tan lejos, no creo que haya sido para darles el gusto de proporcionarles unas vacaciones turísticas.

La mujer tardó unos momentos en contestar. Pareció que estaba buscando la respuesta.

— Tuvimos que desviarnos de nuestro camino inicial.

— No deja de ser curioso, sin embargo, que realizaran un viaje en astronave. Ello indica que, fuera cual fuese el camino inicial, el objetivo quedaba fuera de su planeta.

Ahora, la mujer replicó con rapidez:

— Nosotros tenemos tres satélites, parecidos a su Luna, pero habitados. Son colonias del planeta, y en ellos se trabaja también. El destino de mi grupo era uno de los satélites. Como puede comprender, hay que ir a ellos a bordo de una astronave.

— ¿Y… les atacó una nave enemiga? ¿Están ustedes en guerra con los habitantes de algún planeta cercano?

— Digamos… que hay piratas del espacio en la zona. ¿No es así como les llaman ustedes?

— Aquí, el único acto de piratería espacial del que mi amigo y yo estamos enterados es el que se ha realizado con nosotros.

Pareció que ahora Yakoma se indignaba.

— ¡Señor Trent! —exclamó—. Si me ha de preguntar cosas con intención premeditada de ofenderme, le advierto que no contestaré a nada más.

— Le pido humildemente perdón, Reina. Puedo llamarla así, puesto que me he de convertir en uno de sus súbditos. ¿Fue… la misma astronave que bombardeó el cráter y les impidió la salida?

— Eso no importa ahora —dijo Yakoma—. Y será mejor que pongamos punto final a esta conversación. Vamos a emprender el regreso.

— ¿Pondrá la nave en marcha desde aquí?

— No. Para ello hay que subir a la cámara de control.

Señaló una de las escalerillas, la más alta y empinada de todas las que partían de aquella sala central, y que evidentemente ascendía hasta la cúpula superior del platillo.

Norman calculó que la cámara de control estaría allí.

— Ésta es la escalera —dijo la mujer—. Suban con cuidado.

— ¿Es necesario? —preguntó Norman.

— Quiero tenerlos a la vista durante todo el viaje. No puedo a la vez conducir la nave y vigilarles a ustedes.

Norman miró unos momentos la longitud de la empinada escalera. Se volvió hacia Yakoma, para comentar:

— ¿Puedo decirle que me decepciona el sistema? Mencionó usted antes nuestros modernos yates de recreo. En ellos se dispone de ascensores automáticos. ¿Ha olvidado este detalle la técnica de su planeta?

Por toda respuesta, la mujer se volvió a acercar a la pared y pulsó un pequeño botón.

Se encendió una luz, pero en esta ocasión no se trató de una pantalla de televisión, sino de un cristal opaco. Y un segundo después, el cristal se abría lateralmente, para dejar ver, más allá, el hueco de una pequeña cabina.

— ¿Convencido de que aquí también los hay, señor Trent? —Dijo Yakoma—. Las escaleras las tenemos sólo para casos de emergencia.

— ¿Estamos en uno de ellos ahora?

— Digamos que sí. Observe que se trata de una cabina estrecha. Dentro cabríamos los tres…, pero un poco apretados. Esto significaría una ventaja para usted y su amigo.

Como el cazador no dijo nada en esta ocasión, Yakoma, mientras cerraba el compartimiento y apagaba la luz pulsando otro botón, prosiguió:

— Es peligroso disparar mi pistola desintegradora teniendo demasiado cerca del cuerpo a la persona a quien va dirigido el rayo. Porque la desintegración se podría propagar a la misma que utiliza el arma. ¿Me va comprendiendo, señor Trent?

Norman hizo una mueca.

— ¡Hum! Demasiado.

— Entonces, utilicen la anticuada escalera. Es más seguro para mí —repuso la mujer.

— No olvida ninguna precaución, ¿eh?

— A pesar de todo, a veces puedo tener algún pequeño fallo, como ha visto… y como usted mismo ha contribuido a rectificar.

— A mis expensas —gruñó el cazador.

— Bien, decídanse de una vez. Subirán cinco escalones por delante de mí. Es una separación prudente. Arriba, la puerta de la cámara se abrirá de modo automático, cuando la célula fotoeléctrica de control capte la llegada del primer cuerpo.

— Técnica pura. Pero esto, en la Tierra, lo conocemos ya. No se haga excesivas ilusiones de superioridad a este respecto.

Inesperadamente, Norman Trent había recuperado su buen humor. Yakoma no pudo saber que ello significaba una amenaza.

Posiblemente, ni siquiera se le ocurrió que la amenaza existía.

— Tú delante, Phil, por favor —dijo Norman, cediendo el paso a su amigo.

La estrechez de la escalera sólo permitía la subida de uno en uno.

Phil Macdonald, que había mantenido silencio durante la larga charla entre el cazador y la extraterrestre, se encogió de hombros y empezó a subir.

— Como quieras —murmuró.

— Te veo muy preocupado, muchacho.

— ¿Imaginas que puede serme muy agradable la perspectiva que tenemos por delante?

— Todavía no estamos en el planeta «Azul» de Yakoma —contestó Norman—. Tal vez ni siquiera llegaremos a ir. Es buena cosa que ella nos quiera tener a su lado.

— ¡Bah! —Gruñó Phil—. ¿Qué ganaremos con ello?

— La continuación del diálogo. Y del diálogo puede salir la luz. En la Tierra se suele decir esto.

Phil empezó a subir.

— No esperes convencerla de que nos deje marchar, muchacho —dijo—. Tu defecto es que eres demasiado propenso a hacerte ilusiones.

El cazador subió los primeros escalones detrás de su amigo, sin que por ello abandonase la conversación.

— Sin ilusiones no valdría la pena vivir. Tú, por ejemplo, las pusiste en este valle. Creías en la deshibernación… y al final te has visto recompensado por tus afanes. Había un tigre de las cavernas hibernado, que ha vuelto a la vida, aunque sólo haya sido por unos minutos.

Seguían subiendo los dos.

— ¿A qué viene todo esto? —preguntó Phil, con mal humor—. No le veo sentido a la charla.

— Mientras uno habla, se olvida de otras cosas. Sirve de distracción, y ello es ya una ventaja de por sí.

Yakoma había empezado a subir detrás de ellos, empuñando siempre la pequeña pistola desintegradora y manteniendo la distancia de cinco escalones aconsejada por la prudencia.

— Mejor que lo acepte así, señor Trent —dijo en tono burlón—. Sabe emplear espíritu deportivo en las cosas.

Desde cinco escalones más arriba, Norman se volvió y miró hacia abajo, a la mujer y a la pistola que empuñaba.

— La caza es un deporte. Y yo soy cazador, aunque la practico profesionalmente. ¿Hay también deportes en su planeta?

— Algunos. Pero siga ascendiendo, por favor.

Norman miraba todavía abajo, hacia ella, cuando levantó el pie en busca del otro escalón.

Pero se produjo un fallo. El pie no encontró apoyo, dio en el vacío y el cazador se tambaleó en la escalera.

— ¿Qué hace? ¡Lleve cuidado, señor Trent!

— ¡Diablos! ¡Esta escalera es más difícil de lo que suponía!

Había una barandilla, que la mano de Norman buscó, para restablecer el equilibrio. Pero no la encontró a tiempo.

— ¡Se va a caer! —gritó Yakoma.

De hecho, Norman estaba cayendo ya. Al no encontrar apoyo ni su pie ni su mano, el equilibrio le falló por completo y se precipitó, como un bólido, escalera abajo.

— ¡Agárrese donde pueda! —Gritó Yakoma—. ¡Agárrese, o…!

No pudo decir más, porque el cuerpo del cazador chocó violentamente contra el suyo, le hizo perder el equilibrio a ella a su vez, y ahora fueron los dos quienes rodaron por la escalera.

Arriba, Phil Macdonald se detuvo en su marcha, y miró.

— ¡Eh! ¿Qué ha pasado, Norman?

La voz de su amigo le llegó desde la salita central, adonde había ido a parar, hecho un lío con la también derribada Yakoma.

— ¡Un fallo, Phil! ¡Ha sido un fallo! ¡Esta escalera es peligrosa de verdad para los que no están acostumbrados!

Luego, se oyó la voz de la mujer:

— ¡Déjeme! ¡Le voy a…!

— ¿A qué, Yakoma? —preguntó el cazador, que estaba empezando a incorporarse—. Desde luego, no será a dirigirme un disparo de su maravillosa pistola atomizadora. Estamos demasiado cerca los dos. Además…

Norman, ya en pie, mostró triunfalmente la pequeña arma, que ahora estaba en su mano derecha.

— Además… —prosiguió—, como puede ver, el juguete ha cambiado de propietario.

— ¡Oh! ¿Esto… esto era lo que se proponía?

Norman sonrió con satisfacción.

— Soy cazador, Yakoma —dijo—. Hay muchas maneras de engañar a la pieza, y un buen profesional debe conocerlas todas. No se considere excesivamente humillada por su derrota.

— Pero… ¿qué ha pasado, Norman? —preguntó Phil que, desde arriba, no se había hecho aún cargo de la realidad.

— Poca cosa, muchacho. Sólo un ligero cambio. Me refiero a la

pistola de Yakoma. Y a la nave, claro. Ahora, ambas cosas son de nuestra propiedad, amigo mío.

Capítulo VII

Yakoma se puso en pie poco a poco, ahora encañonada por el arma que Norman empuñaba con firmeza, aunque sonriendo.

Ella, en cambio, estaba furiosa. Pero con el furor de la impotencia, de la derrota.

— Todo fue una comedia… para engañarme —murmuró.

— Estamos metidos en un juego de engaños, y la victoria se la llevará el que consiga realizar el último, Yakoma.

— No será usted.

— De momento, lo soy. Y esto no deja de ser una ventaja, admítalo. Procuraré no perdérmela.

Phil acabó de bajar en aquel momento. El cambio que se había producido en su expresión era completo. Ahora estaba radiante.

— ¡Ha sido algo formidable, muchacho! —exclamó—. Ni por un momento pensé que llevaras esto en la imaginación.

— Dije antes que del diálogo sale la luz, Phil. Por esto lo estuve buscando. A mí, como ves, me ha salido una pistola desintegradora.

Miró el arma, con expresión de cómico desprecio, y añadió:

— Sin embargo, mi preferencia sigue siendo por el viejo rifle pesado, Phil. Un buen cazador necesita tener algo sólido entre las manos. Este juguete es terriblemente frágil.

— Ahora… podremos salir de aquí —dijo Phil.

— Por lo menos, el viaje al lejano planeta «Azul» queda aplazado indefinidamente.

— Sigan burlándose… mientras aún puedan —dijo Yakoma, de cuyos ojos parecía brotar fuego.

— Perdónenos este poco de euforia, Reina —contestó Norman—. ¿O ha dejado de serlo ya mía? ¡Oh! Y todavía no le he preguntado si se ha hecho mucho daño con la caída. Una descortesía imperdonable, para un caballero de este planeta Tierra.

— No se preocupe por el daño. ¡No podrán salir de aquí!

— ¿Ni siquiera apretando alguno de esos botones, Yakoma? Los probaré todos, uno después de otro.

— Se expondrá a hacer estallar la nave.

— ¿Eh? ¿Iniciamos un nuevo tira y afloja de engaños mutuos?

— Tómelo como quiera. Al cerrar la compuerta, he accionado el mecanismo de seguridad… porque, a pesar de todo, desconfiaba.

— Hizo bien. En desconfiar, me refiero. Aunque no le ha servido de mucho.

Norman se acercó a la pared en la que estaban los pequeños pulsadores.

— Ahora, vamos a hacer la prueba. ¿Cuál era el pulsador? Acabaré encontrándolo.

— ¡Además de oprimir el pulsador tiene que hacer otra cosa… que no le diré, señor Trent! ¡De lo contrario, provocará la destrucción de la nave!

— Voy a correr el riesgo.

— ¡No hagas tonterías ahora! —gritó Phil—. ¡Puede ser verdad!

—Si volamos, Yakoma lo hará también con nosotros. Su vida está tan en peligro como la muerte, ¡Allá va!

— ¡Espere! —gritó la mujer.

Pero ya Norman había apoyado la palma de la mano en el pequeño recuadro, y apretó todos los botones a la vez.

— Pase lo que pase —dijo—. Usted pondría unas condiciones, para dejarnos salir de aquí, que nosotros no podríamos aceptar.

Se produjeron algunos relámpagos, pero fueron producidos por las diversas luces que se encendían a la vez. Las pantallas y las puertas de diversos ascensores.

Nada más. No se produjo ninguna explosión.

— Parece que hemos tenido suerte —comentó Norman—, ¿O era sólo un engaño para asustarnos?

Por la expresión del rostro de ella vio que no. Yakoma estaba muy pálida, como si realmente hubiese presentido una catástrofe.

— Era verdad —dijo la mujer—. Para abrir la compuerta hay que oprimir dos pulsadores simultáneamente. De lo contrario, estalla la nave. Es una medida de precaución. Se supone que si alguien no lo hace así, es que desconoce el manejo de los mandos y, por tanto, es un enemigo.

Norman se había apartado de la pared y la miraba sonriendo.

— Pero si en la nave hay personal propio, como usted ahora…

— Vuela también con la explosión. Se prefiere esto a que la nave caiga en poder del enemigo.

— Auténticos espartanos —comentó el cazador—. Yo prefiero nuestro helicóptero. Me pasa lo mismo que con esta pistolita respecto a mi fusil de caza. Es menos complicado.

— ¿Qué vamos a hacer ahora, Norman? —Preguntó Phil Macdonald—. Creo que es mejor que tratemos el lado práctico de la cosa.

— Tienes razón, muchacho. Mi idea sigue siendo la misma. Largarme del platillo… y del valle, lo más aprisa posible.

— ¿Dejando la situación así, sencillamente? ¿O nos llevamos por lo menos a Yakoma?

— ¡Hum! Es una chica bastante bonita, pero te aseguro que ya tengo bastante de su compañía. Sería un engorro. Una necesidad de vigilancia continua. Nos fastidiaría el viaje.

— Pero si la dejamos recuperará la libertad…

— Te comprendo, Phil. Tendremos que buscar algún modo de encerrarla. A Kotto le metieron en un calabozo o algo parecido, ¿no? También podremos meterla a ella en uno.

— ¿Cómo lo abrirán? —Preguntó Yakoma—. No hay cerradura a la vista.

— Recurriremos a los primitivos.

— Ellos sólo obedecen a su reina, señor Trent.

— Si ellos saben abrir la puerta de un calabozo, también sabremos nosotros.

— Está llevando a cabo una lucha torpe, Yakoma —gruñó Norman—. Si es necesario, la dejaremos atada con cuerdas y nos marcharemos. Luego, las autoridades de la Tierra se harán cargo de todos ustedes.

El cazador miró a sus amigos y continuó:

— Vamos, Phil. Yakoma nos acompañará al exterior, por lo menos de momento, hasta que hayamos encontrado el helicóptero.

— Y los demás… —insinuó Phil Macdonald.

— Kotto está bien encerrado, a lo que parece. En cuanto a los primitivos, ya lo has oído. Sólo obedecen a su reina. Se quedarán aquí, esperando órdenes, sin enterarse de nada.

— ¿Está seguro de que no se enterarán, señor Trent? —preguntó entonces Yakoma.

Su expresión había cambiado repentinamente. Como si de pronto la victoria le hubiese vuelto a sonreír.

Norman hizo una mueca de desagrado al darse cuenta.

— ¿Qué quiere decir, Yakoma?

— Los hombres primitivos son capaces de responder a una alarma instalada en su departamento.

— ¿Eh? ¿Y quién va a dar esa alarma?

— Yo, por ejemplo —contestó la mujer—. En realidad, no voy a darla… sino que la he dado ya.

Bajó la vista hacia su pie derecho, para que los dos amigos se fijaran en él. Lo levantó y dejó al descubierto el pequeño pulsador que había debajo, en el suelo de la sala, próximo a la pared.

— Vean —dijo.

— ¡Diablos! ¡Esta maldita nave tiene más botones que un uniforme de los viejos tiempos!

— Algunos son incluso de utilidad, señor Trent. ¿No oye ya el griterío? Están acercándose.

— Tanto peor para ellos. Si atacan, nos defenderemos —dijo Norman, alzando la pistola que todavía empuñaba.

— No se atreverá a cometer la acción inhumana de desintegrar a esos infelices. Usted no es capaz de ello.

Los primeros nativos estaban ya subiendo una de las escaleras que, de la parte baja de la nave, conducían a la sala central. Gritaban y empuñaban amenazadoramente sus lanzas y hachas de piedra.

— ¡Hay que hacer algo, Norman! —gritó Phil, alarmado—. Si se nos echan encima…

— Nosotros no haremos nada. Lo hará Yakoma, en todo caso.

Apuntó la pistola hacia la mujer y añadió:

— Cuando los nativos vean que su Reina desaparece desintegrada, lo considerarán arte de brujería y les asaltará el pánico.

— No se atreverá usted a disparar sobre mí, señor Trent. Sobre una mujer, aunque no sea terrícola…,

— Mire, Yakoma, me ha dado muchos quebraderos de cabeza protegerla a usted, concretamente. Dispararé tan pronto como el

primero de esos seres llegue a poner un pie en esta sala. Es cuestión de segundos.

Yakoma vio la decisión en los ojos del cazador.

— ¡No lo hará! —dijo aún.

— Si he de elegir entre ellos y usted, es a usted a quien considero más despreciable.

Dos o tres hombres primitivos aparecieron en lo alto de la escalera de ascenso a la sala.

— ¡Ha llegado el momento, Yakoma! —gritó Norman.

— ¡No!

— ¡Ordéneles que se detengan! ¡Ahora es cuestión de décimas de segundo!

La mujer dejó de vacilar.

— ¡Alto! ¡Quietos! —gritó, en lenguaje primitivo—. ¡No deis un paso más!

Los nativos detuvieron su carrera y se quedaron parados.

— ¿Está satisfecho? —preguntó Yakoma.

— Sí. Ahora, hágales retroceder hasta el pie de la escalera.

Yakoma cursó la orden, que fue obedecida puntualmente por los que se consideraban sus súbditos.

Observó después que Norman se estaba secando el sudor de la frente.

— ¿Qué le sucede, señor Trent? —preguntó—. ¿Ha sido… miedo?

— Sí, lo admito. Miedo… a que usted se negara a obedecerme. Porque… no estoy seguro de que hubiese llegado a disparar, a pesar de mi amenaza.

— ¿Y no teme que ahora me aproveche de esta debilidad que acaba de confesar? —preguntó ella.

— Yo le aconsejaría que no lo intentara. Los nervios tienen un límite, y uno no sabe qué es capaz de hacer cuando escapan a nuestro control.

Yakoma decidió no intentarlo.

— ¿Qué hará conmigo? ¿Encerrarme?

— De momento, ordene a esos hombres que dejen a Kotto en libertad y que lo traigan aquí.

— ¿Ya no piensa marcharse?

— Las ideas cambian de rumbo repentinamente, lo mismo que

los acontecimientos, Yakoma. Haga lo que le digo.

Unos minutos más tarde, Kotto estaba en la sala central de la astronave, en presencia de Yakoma y de los dos amigos.

— Supongo que le debo a usted mi libertad —dijo, mirando a Norman—. ¿Ha cambiado de idea, después del golpe con que me aturdió?

— No te consideres libre tan pronto, Kotto. Sólo te he mandado llamar a mi presencia. Ahora, como puedes ver, soy el comandante de la nave. Tengo razones poderosas que me apoyan.

Y Norman mostró la pistola que empuñaba.

— ¿Qué quiere de mí? —preguntó Kotto.

— Saber la verdad.

— Nosotros no somos terrestres. ¿Por qué no nos deja que resolvamos nuestros asuntos sin inmiscuirse?

— Estáis en la Tierra… y debéis ateneros a las leyes que rigen aquí. Lo contrario sería piratería. Además, no me inmiscuyo. Sois vosotros quienes me habéis mezclado en el problema, lo mismo que a mi amigo.

Kotto bajó la cabeza.

— Está bien. Supongo que tendré que hablar.

— De acuerdo. Ante todo, ¿dónde aprendisteis el inglés, Yakoma y tú?

— Aquí, en la Tierra.

— ¿Es posible?

— Realizamos un viaje clandestino, hace lo que vosotros llamáis un par de años. Nos fue fácil asimilar rápidamente los idiomas más corrientes.

— ¿Qué os proponíais?

— Escapar del planeta «Azul» y de la tiranía que reina allí. Pero no solos, sino con algunos de nuestros compañeros.

Norman señaló hacia el pie de la escalera de descenso, donde esperaban aún los primitivos, después de haber sacado a Kotto de su encierro.

— ¿Te refieres a esos? —preguntó.

— Sí, a ellos.

— Esto me parece increíble. No considero capaces a esos infelices de tomar parte en ninguna conspiración.

— Esos hombres… son inteligentes —manifestó Kotto—. Sólo

que ahora… están drogados.

— ¿Qué…?

— Se les inyectó un suero, para que volvieran a su estado primitivo. Olvidaron todo lo demás y… ya ve usted: han vuelto a la Edad de Piedra.

— ¿Y por qué se hizo esto, Kotto?

— Para impedir que se erigieran en cabecillas de los demás. Nuestra raza primitiva no es tan estúpida como puede parecerlo por las muestras que ha visto usted, Trent. Sólo espera tener dirigentes para sublevarse y salir de la esclavitud en que vive ahora.

— Creo que empiezo a comprender. Me gustaría saber, ahora, qué han tenido que ver ustedes en esto… y el motivo de este viaje a la Tierra.

— Yakoma y yo nos habíamos propuesto rescatarles, llevarles lejos del planeta «Azul» y devolverles a la normalidad. La Tierra es el planeta que se adapta mejor, porque sus características son muy parecidas al nuestro. Ya le he dicho que lo habíamos estudiado previamente.

— ¿Les dejaron venir, los tiranos de su astro?

— Solicitamos unas vacaciones. Las leyes de allí las permiten, después de determinado tiempo de servicio. Nos facilitaron una astronave, como es costumbre. Todo fue normal.

— Sin embargo, tu versión no coincide con la de Yakoma, Kotto. Ella me ha hablado de un viaje al satélite… de piratas del espacio…

— Esto es cosa de ella, ¿no?

Yakoma intervino ahora:

— ¿A quién cree, señor Trent? ¿Qué garantías tiene de que Kotto le está diciendo la verdad?

— Ninguna. De momento, me limito a escuchar. Después de todo, ahora les tenemos prisioneros a los dos y tanto mi amigo como yo podemos esperar a que sea de día para marcharnos de aquí.

— Por mi parte, tengo un interés enorme en saber a qué atenerme respecto a todo esto —manifestó Phil, que hasta entonces había escuchado en silencio.

— Sigue, Kotto —dijo Norman—. ¿Quién inyectó ese suero a los hombres primitivos?

— Yakoma… y yo.

— ¿Eh…? ¿No queríais ayudarles?

— El gobierno no sospecha de nosotros, Trent. Ignoraba que estábamos en la conspiración, que éramos sus verdaderos jefes: Yakoma, como reina titular de los nativos, y yo, como jefe de guerreros. Un cargo equivalente al de general, a escala proporcionada.

— ¿Y bien…?

— Allí, los medios para «convencer» a un detenido para que hable son horribles, Trent. De haber capturado a alguno de ellos, hubieran conseguido que nos denunciase.

— Las cosas se empiezan a aclarar —dijo Norman.

— Puestos en este estado de sopor, las autoridades comprendieron que sería inútil todo. Los dejaron… limitándose a vigilarlos. Esperaban someterles a interrogatorio cuando les pasaran los efectos. El suero no tiene antídoto. Se ha de esperar que pase todo.

— Y entonces… Yakoma y tú os disteis prisa.

— Exacto. Pudimos preparar una astronave: ésta. Un rápido golpe de mano nos permitió hacernos con los primitivos, embarcarlos y emprender el viaje a la Tierra. Ya saben lo que nos pasó cuando llegamos aquí.

— Supongo que pensaríais esconderos en algún lugar remoto, en espera de la recuperación de vuestros aliados.

— Exactamente. Ya no podíamos volver a nuestro planeta. Allí hubiéramos sido ejecutados. Nuestra intención, recuperados los hombres, era de quedarnos aquí, como unos habitantes más.

— Ahora las cosas van encajando… excepto algunas.

— ¿Cuáles? —preguntó Kotto.

— ¿Qué pasó con la astronave que os bombardeó?

— Supongo que fue enviada en nuestra persecución. No llegaron a comunicarse con nosotros. Tal vez, después del bombardeo pensaron que habían acabado con nosotros y emprendieron el regreso al planeta.

— ¡Hum! —Exclamó Norman—. No conozco bien vuestro modo de obrar para sacar deducciones. Pero queda todavía lo principal, Kotto.

— Adivino a qué se refiere. A… mi rivalidad con Yakoma.

— Exactamente. ¿Acaso se arrepintió en el último momento y

quiso entregaros a todos de nuevo?

— No. «Yakoma», la Reina, no se arrepintió.

— Entonces…

— Antes voy a explicar algo, Trent —dijo Kotto—. En nuestro planeta, las razas han adquirido una tendencia opuesta en cuanto a su desarrollo.

— Explícate mejor.

— Los dominantes, los «intelectuales», tienden a un desarrollo del cerebro, pero a un empequeñecimiento del cuerpo, muy por debajo de los pigmeos de la tierra. Como los niños de aquí de dos o tres años.

— ¿Es posible?

— Lo es. Por otra parte, se encuentran ante un problema muy grave. La natalidad ha alcanzado un descenso impresionante. ¡Apenas tienen hijos!

— ¡Diablos! Entonces, corren peligro de extinción.

— Sí. Los primitivos, en cambio, tienden a ganar en estatura y corpulencia… ¡y su natalidad es considerable! ¡Dentro de muy poco su superioridad se hará imposible de dominar! Y esto es lo que temen más los tiranos.

— ¿Qué tiene que ver esto con Yakoma? Ella es de tu raza, ¿verdad?

— Se puede cambiar… «de personalidad».

Norman frunció el ceño.

— No acabo de comprenderte, Kotto.

— Yakoma estaba conmigo en la conspiración, como he explicado antes. Aunque instruidos, somos de la raza de los primitivos. Y a pesar de que aparentamos acatar a los diminutos tiranos, que necesitan de alguien que se haga obedecer por los nuestros… les detestamos profundamente.

— Me parece natural. A mí me ocurriría lo mismo.

— Y deseamos acabar con ellos.

— También lo encuentro lógico. Pero… todo está dando a entender que Yakoma cambió de opinión, ¿no? ¿La sobornaron, acaso?

— Hicieron otra cosa, Trent —dijo Kotto, con voz ronca—. El soborno no hubiera servido de nada. «¡Sencillamente, la mataron!»

* * *

Norman Trent y Phil Macdonald pensaron que Kotto se había vuelto loco o que se estaba burlando de ellos.

El cazador se volvió para señalar a la mujer.

— Entonces ¿estamos viendo visiones? ¿Quién es ella? —preguntó.

Vio de nuevo un extraño brillo en los ojos de Yakoma. Y, sin saber por qué, notó que se estremecía.

Era un brillo terriblemente amenazador.

Mientras, Kotto contestó a su pregunta.

— ¡Esa mujer… «Es una impostora»!

— ¡Estás llevando las cosas más lejos de lo que te está permitido, Kotto! —gritó ella.

Norman volvió la pistola desintegradora hacia la mujer. No se sentía demasiado tranquilo. Era algo instintivo, como cuando presentía la presencia de una fiera peligrosa en plena selva.

— Cálmese, Yakoma —dijo—. Y no olvide que soy yo el que controla la situación.

Y añadió significativamente, mostrando la pistola:

— Con esto.

— Ya no —dijo Yakoma.

— ¿Qué quiere decir?

— Que me ha dado tiempo, señor Trent. La energía de la pistola ha quedado descargada por completo. Ya no funciona. Pruébelo, si quiere.

— ¿Qué…?

Norman apuntó hacia una de las paredes de la sala, cerca de la cual no estaba nadie. Apretó el disparador del arma… y no pasó absolutamente nada.

— ¿Es posible? —dijo—. ¿O se trata sólo de una falsificación? Sin duda la pistola estaba descargada ya.

— No, Trent —dijo Kotto—. «Ella» tiene razón. Dispone de un aparato que lentamente absorbe toda la energía de la pistola, o de cualquier otro sitio donde esté acumulada, y la descarga.

Norman miró a Yakoma, que ahora estaba sonriendo con burla.

— ¿Dónde está ese aparato? ¿Dónde lo lleva escondido?

— «Dentro» —dijo Kotto.

— ¿Dentro… de dónde?

— Pronto lo sabrá, señor Trent —manifestó Yakoma—. Porque ahora, con la pistola atomizadora descargada, vuelvo a ser la dueña de la situación.

— ¡O estoy loco o lo estamos todos! —gritó Norman.

Yakoma, sin miedo ahora a la inútil arma que empuñaba el cazador, se acercó a la escalera y gritó en lengua primitiva:

— ¡Subid todos!

Se volvió hacia Norman y añadió:

— Trate de impedirlo ahora, señor Trent. Ahora que todos ustedes vuelven a estar desarmados.

— ¡Todos no! —dijo una voz detrás de la mujer.

Se trataba de Phil Macdonald, que en aquel momento estaba empuñando uno de los rifles de caza que él y Norman habían abandonado al entrar en el platillo volante.

Yakoma se volvió a toda prisa, pero no pudo evitar el golpe descargado por la culata.

— ¡He pensado que sería lo mejor! —dijo Phil—. He ido a buscarlo mientras discutíais y no estabais atentos a mis movimientos. ¡Siento no portarme como un caballero, Yakoma, pero es el único camino!

El golpe fue formidable. Yakoma se tambaleó, pareció que iba a perder el equilibrio, pero volvió a quedarse de pie.

Y sonriendo, a pesar de todo.

Norman y Phil la miraron aturdidos.

— ¿Es posible…? —dijo el cazador.

— ¡Si no ha caído al primero, lo hará al segundo! —exclamó el científico.

Y levantó otra vez la culata del arma.

— ¡Es inútil todo, Macdonald! —gritó Kotto—. ¡No pierda el tiempo! ¡No la derribará!

— Pero… ¿por qué…?

— «¡Porque ya les he dicho que Yakoma no existe! ¡La mataron! ¡Lo que tienen ustedes delante, no es una mujer! ¡Es… UN ROBOT!»

* * *

— ¡Esto te costará la vida, Kotto! —gritó Yakoma, enfurecida.

Los nativos ya estaban acabando de subir. Fracciones de segundo más tarde estarían todos en la sala y empezaría el ataque. Aquellos seres drogados obedecerían ciegamente a quien consideraban su Reina.

— ¡A ellos! —Les animó Yakoma—. ¡Aprisa! ¡Acabad con todos!

— ¡Dispare, Macdonald! —gritó Kotto a su vez—.

¡Usted es el único que va armado!

Habían retrocedido hacia el fondo de la sala para quedar más lejos de los nativos.

— Contra quién… ¿contra esos infelices? —preguntó Phil.

— ¡No! ¡Contra «ella»!

— Pero si es un robot…

— ¡Contra el estómago! ¡Dispare! ¡No pierda un instante más!

— Supongo… que he de hacerlo. Después de todo, si no se trata de una mujer.

— ¡Hazlo, Phil! —le animó Norman.

Los nativos avanzaban ya por la sala, blandiendo hachas y lanzas.

Phil se decidió. Bajó el cañón del rifle, lo encaró contra el estómago de Yakoma… y oyó el grito que salía de su boca.

— ¡NO! ¡NO! ¡Me rindo!

— ¡Sal de ahí, pues! —gritó a su vez Kotto—. ¡Inmediatamente! ¡De lo contrario, Macdonald disparará!

— ¡Está bien! —dijo. Y habló en lenguaje primitivo—: ¡Vosotros, esperad! ¡No deis un paso más por la habitación!

Los drogados seres, como en veces anteriores, obedecieron al momento.

— ¿Satisfechos? —preguntó Yakoma.

— Todavía no. Sal de ahí. Te lo ordeno —dijo Kotto.

Se acercó a Phil y añadió:

— Présteme el rifle, por favor. Si no se atreve a disparar usted, lo haré yo.

Phil se dejó arrebatar el arma sin oponer resistencia. Estaba completamente aturdido.

— Ahora, «Yakoma»… sabes que voy a disparar —dijo Kotto, empuñando rápidamente el arma.

— ¡No lo hagas! ¡Voy a salir!

Algo se abrió detrás del cuerpo del robot. En su cintura o

espalda.

Y todos pudieron ver al ser que estaba escondido allí.

Una figura humana, femenina, pero, como había dicho Kotto, de estatura no mayor que la de una niña de dos años, aunque con la cabeza mucho más desarrollada.

Vestía un traje extraño, como el que Phil y Norman habían visto en ilustraciones de los astronautas.

— Aquí estoy —dijo, con voz aflautada, ahora no amplificada—. Le hablé de robots caros y perfectos, ¿verdad, señor Trent? Imposibles de distinguir de un ser real.

— Pero… los ojos, la expresión…

— Los ojos y la expresión se calcan del ser que está dentro, en la pequeña cámara de controles, Trent —explicó Kotto—. Al principio, también me engañó a mí. Pero acabé descubriendo la verdad… y traté de capturarla, como ya saben. Creo que todo queda explicado.

Señaló al pequeño personaje y continuó:

— Dentro no lleva armas. Se fía de las que maneja el robot a sus órdenes. Sólo hay controles.

— Pero esperaba aún vencernos…

— Con la ayuda de los primitivos, a los que dominaba bajo la apariencia de Yakoma. Yakoma, la Reina que se sacrificó por el bien de su pueblo.

Kotto miró a los nativos, que estaban contemplando aturdidos la situación, y les dijo:

— ¡Yakoma era una falsa Reina… un muñeco! ¡Y aquí tenéis a uno de vuestros enemigos!

De las bocas de los nativos brotaron rugidos de amenaza.

— ¡No, Kotto! ¡No, por favor! —Imploró la pequeña mujer—. ¡Me destrozarían!

Kotto contuvo a los primitivos.

— No la ataquéis. Encerradla nada más. Ahora que Yakoma no está, yo soy definitivamente vuestro jefe.

Los primitivos desaparecieron con su prisionera.

— ¿No se cebarán en ella? —preguntó Norman.

— Son obedientes. La droga les ha dejado así. No hacen nada que no les sea ordenado.

Las pantallas que daban al exterior estaban todavía iluminadas, desde que Norman había pulsado los mandos.

Y de pronto, vieron a través de una de ellas una imagen que no era la de la tranquilidad habitual del exterior.

Todos miraron a la vez.

— ¡Algo se mueve ahí fuera! —Dijo Norman—. ¿Qué puede ser?

— Un vehículo —añadió Phil—. Desciende del aire. ¿Tal vez un avión? Quizás en un vuelo de reconocimiento les ha sorprendido la ausencia de hielos de este valle…

— No —concluyó Kotto—. Se trata… «de un platillo volante. ¡Y yo diría que es el mismo que nos bombardeó la otra vez!»

* * *

El platillo apareció dentro de la luz de los focos del que estaba en la cueva y se posó delante de la entrada.

— ¿Qué puede significar esto, Kotto? ¿Bueno o malo? —preguntó Phil.

— No tengo idea. Sólo sé que es de nuestro planeta. Pero… creo que nos están llamando.

Observaron otra de las pantallas. La imagen era ahora del interior del platillo visitante, y en ella vieron a un hombre, como Kotto y los primitivos…, pero sin el traje de pieles, vestido con el atuendo de astronauta.

El hombre vio a Kotto y se alegró.

— ¿Eres tú…? No esperábamos…

— ¿Qué ha pasado en el planeta? —preguntó Kotto a su vez—. ¿Cómo es que estáis ahí?

— Se produjo una revuelta fulminante, Kotto —explicó el otro —. Tú no te enteraste de nada. Estabas en la zona de los esclavos. ¡Hemos triunfado! ¡La tiranía ya no existe en nuestro planeta, Kotto!

Kotto estaba radiante de alegría.

— Entonces, podré regresar… con todos. Se recuperarán allí…

— El otro día os perseguimos, pensando que se trataba de fugitivos. Con la bomba tratamos de inmovilizaros en el fondo del cráter… y hemos ido en busca de aparatos para fundir la nieve.

— Bien, ya veis que no hace falta.

— Nuestra intención era capturaros y castigaros, pero ahora…

— Tenemos a quien castigar, amigos. ¡A quien durante mucho

tiempo ha estado usurpando la personalidad de nuestra querida Yakoma!

— ¿Qué quieres decir?

— Que Yakoma no existe. Sólo lo sabía yo hasta ahora. Dio su vida por la libertad de los hombres de nuestra raza… ¡y no en vano, por lo que estoy viendo y sabiendo!

El helicóptero se fue alejando lentamente de la costa norte de Groenlandia.

Hacia el sur, hacia la civilización.

Norman Trent lo pilotaba. A su lado iba sentado Phil Macdonald, y detrás, llevaban el cadáver de un tigre de dientes de sable.

Phil lo señaló.

— Nuestro trofeo, Norman —dijo—. Será la prueba más concluyente de que mis teorías eran realidad.

— Y será expuesto en un museo, muchacho. En cuanto a lo demás…

— Mi idea es que escribamos un libro sobre ello. Colaboraremos los dos en el trabajo.

— ¿Esperas que nos crean?

— Seguro que no… Pero nos arrebatarán el relato de las manos. A la gente le gusta esta clase de historias.

— Y suscitará polémicas.

— ¡Y nos ayudará a recuperar los gastos de la expedición! Todo ello tiene cierta importancia.

Recapacitaron un momento.

— ¿Qué opinas de la falsa Yakoma, Norman? —preguntó Phil después.

— Que era muy guapa, muchacho. Lástima que no pertenecía a la Tierra, a nuestra Tierra, porque…

— ¿Qué, Norman?

— Te diré la verdad, Phil. A pesar de nuestras discusiones, me gustaba. ¿Lo imaginas? ¡Estuve a punto de enamorarme de un muñeco, por perfecto que fuese el mecanismo que lo hacía funcionar!

En la distancia, la zona sur de Groenlandia, con trechos de verde que justificaban su nombre, estaba empezando a aparecer.

FIN